

RESEÑAS DE LIBROS / REVIEWS

LA PARRA LÓPEZ, Emilio (ed.), *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante-Casa de Velázquez, 2010, 444 pp.

ALBEROLA, Armando y LARRIBA, Isabel (eds.), *Las élites y la «Revolución de España» (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante-Université de Provence-Casa de Velázquez, 2010, 389 pp.

La Guerra de la Independencia ha sido, y sigue siendo, objeto de múltiples estudios, encuentros, mesas redondas, seminarios, publicaciones, discusiones y actividades diversas tanto a nivel nacional como internacional. Ello ha permitido una puesta al día del estado científico del tema y ha posibilitado, por una parte, superar estereotipos arraigados a lo largo del tiempo por diversos intereses y, por otra, actualizar el nivel

de conocimientos acordes con los hechos.

En este ámbito de discusiones y de puestas al día gracias al trabajo de numerosos investigadores, queremos reseñar las dos publicaciones citadas sobre el impacto de la invasión napoleónica y de la Guerra de la Independencia con sus consecuencias. En ambas podemos apreciar idéntica distribución de los trabajos y, aunque de forma algo distinta, presentan un antes, un ahora y un después, de acuerdo con la temática que plantea cada una. Esto es, se dividen en tres partes que recogen respectivamente: los españoles ante la crisis/precursores; imagen y propaganda en torno a la contienda/protagonistas; y los costes humanos y económicos de la guerra/los herederos, para acabar con una reflexión final en la primera obra. Planteamiento casual, puesto que ambos congresos se realizaron en tiempos distintos.

La línea de ambos libros queda manifiesta en sus títulos y también en las aportaciones de sus autores. La Guerra de la Independencia como

tema principal se presenta como un fenómeno complejo que va descubriendo las permanencias y los cambios, lo viejo y lo nuevo, las sombras y las luces en una lucha continua entre hombres que defienden ideas, pero también intereses. Hombres que pueden ser franceses o afrancesados contra los que se levanta el pueblo en armas o patriotas enfrentados ideológicamente. Filias y fobias que permanecerán entre mitos e intereses, nacionales, políticos o religiosos, como demuestra el Dos de Mayo.

Ahora bien, esta fecha, señalan los profesores Emilio La Parra y Jean-Pierre Étienvre en la presentación del primer libro –por más heroica que pueda o quiera considerarse–, no fue el inicio de la guerra, sino cuando se conocen las abdicaciones de Bayona y se produce el cambio de dinastía. Es el momento del levantamiento popular contra Napoleón en defensa de la libertad y de su rey con cuanto éste significa, aclamado –no se debe olvidar– en varias ocasiones como tal y elevado a la categoría de mito con ayuda de su «partido fernandino» y de la impopular política godoyista. Más difuso resulta saber si aquel acto y los siguientes constituyeron una o varias revoluciones y cuáles fueron sus señas de identidad, esto es, revolución como cambio estructural para poner fin al Antiguo Régimen o revolución-reacción para mantenerlo, echando al olvido los años del despótico poder de Godoy. Tema que

se trató en el Coloquio Internacional de 2008 en la Universidad de Aix-en-Provence, cuyas actas vieron la luz en 2009 con el título *L'Espagne en 1808: régénération ou révolution?*, bajo la dirección de Gérard Dufour y Elisabel Larriba.

La Guerra de la Independencia fue un trauma para todos. Para los españoles cambiaron muchas cosas, no tantas como debieran, pero nada fue igual a partir de entonces. La verdad-dogma de unos chocó con la necesidad de cambios de otros. La lucha en el campo de batalla compartió escenario en unos casos y en otros cedió terreno a la lucha ideológica, al enfrentamiento entre dos ideas de España, de la religión, de la política y de la sociedad. Lucha no ajena, por cierto, a intereses de grupo y personales.

En el primer libro y primer apartado Ronald Fraser y Emilio La Parra coinciden en algunos de sus planteamientos. Uno presenta de forma breve «Los levantamientos de 1808»; otro, «El rechazo de la nueva dinastía». Ambos señalan cuatro aspectos fundamentales. Primero, el inicio de la guerra coincidió con el cambio de dinastía, no con el 2 de mayo; segundo, el levantamiento del día 23 de mayo no fue espontáneo; tercero, la gran incertidumbre social derivada del vacío de poder, como apunta también el profesor Millán, y cuarto, el miedo a la anarquía, esto es, al pueblo y a la revolución, por lo que era preciso controlar y encauzar el odio

popular contra Napoleón. Emilio La Parra analiza con más extensión las consecuencias de la salida de Fernando VII de Madrid y las novedades aparecidas en la *Gazeta de Madrid* el día 13 de mayo. Noticias confusas y contradictorias para una opinión pública desorientada, mientras los conspiradores, fernandinos, godoyistas o franceses aprovechaban la situación para controlar al pueblo ya hostigándole ya pacificándole según conviniese en cada momento a sus intereses, lo que explicaría la movilización controlada cuando convino para levantar al pueblo tras las abdicaciones de Bayona. Richard Hocquellet sigue el hilo conductor de los anteriores en «Los españoles antes de la acefalía». Estudia el sentimiento social ante la pérdida de su rey Carlos primero y de Fernando después. Y une en clave metafórica, el destino del rey-padre, con los españoles, súbditos-hijos que, opuestos a una dinastía ajena, luchan por recuperar a su monarca-padre. En esa lucha tiene lugar la transformación del sistema político que adquiere su más alta dimensión en la obra de las Cortes de Cádiz, que, por desgracia, sucumbió ante los vítores a un Fernando deseado.

Abdicaciones, vacío de poder, cambio de dinastía y guerra. Situación compleja que lleva a Lluís Roura en «1808: ¿Un momento fundacional?» a preguntarse si es de la nación, de la modernidad política o de la sociedad liberal que se inicia con

la aventura napoleónica y los supuestos deseos regeneracionistas del Emperador, exponente también de una voluntad fundacional. Voluntad que parece apreciarse en la aparición de las Juntas Provinciales, de la Central y en la convocatoria a Cortes. Para el autor estos deseos ya estaban presentes antes, aunque dentro de un orden, como demostraron la letra y el espíritu de la Constitución, pensando más en la nación que en el individuo.

Crítico es Charles Esdaile con la historiografía de la Guerra de la Independencia, al considerar una ocasión perdida el bicentenario para haber replanteado la historia de ese periodo. En «Los españoles contra los ejércitos franceses: un cuento de dos ciudades», toma Madrid y Sevilla como ejemplos de los cambios experimentados desde 1808 por sus reacciones ante José I. Los comportamientos de los sevillanos en 1810 marcan una inflexión hacia la nueva dinastía y cambian los tópicos respecto a los franceses a los que se aceptan como solución a la guerra y a la anárquica situación de España y a su negro futuro.

Enfoque diferente es el que hace Jesús Millán en «Colapso del Antiguo Régimen y movilidad social. 1808 como inicio de la España contemporánea». Describe los estereotipos de la guerra entre patriotas y afrancesados y resalta el conflicto antinapoleónico como el cambio de España hacia el Estado-nación. La situación anterior

a 1808 le sirve para plantear el desigual reparto de la propiedad, los intentos reformistas y las reivindicaciones populares que encontraron en 1808 su fuerza imponiendo nuevas autoridades. Desde su punto de vista las condiciones sociales no fueron el principal motivo del levantamiento, sino el cambio de dinastía como señalan Fraser y La Parra. La oposición a Napoleón, que no esperaba, inició un nuevo camino tanto político como social, aunque distinto dentro del seno patriota, según los intereses.

En la segunda parte, Gérard Dufour y Vittorio Scotti analizan el papel de la prensa en dos lugares distintos pero con un mismo objetivo. El primero destaca en «La prensa en la España ocupada por los franceses», la obsesión de Napoleón por controlar la prensa española como medio propagandístico y manipulador de la información. La prensa era un arma poderosa, la guerra de pluma. Así, la *Gazeta de Madrid* se convirtió en el principal órgano oficial de Napoleón. José I no compartió la obsesión de hermano, tomándose en serio el papel de rey de España. Las diferencias entre ambos siempre se saldaron a favor de Napoleón que controló todo. De hecho la prensa madrileña y de provincias fracasó en su intento de ser una vía de propaganda josefina. V. Scotti con «Los espejos italianos. Visiones diacrónicas y discrepantes de la Guerra de la Independencia», reafirma lo expuesto por Gérard Dufour.

En el caso de la prensa italiana, cuyo proceso fue similar al de otros lugares, atendiendo a las consignas del poder, al que adulaban los diarios. La excepción fue el *Giornale Italiano* al que, según su fundador, convenía cierta libertad para ser creíble. Los diarios incluyeron noticias de la guerra de España a partir de los diarios oficiales franceses o españoles, dando una visión favorable a los franceses. Con la derrota de Napoleón cambiaron de chaqueta.

En la misma línea, pero en abierta lucha ideológica, se presenta el trabajo de Gonzalo Butrón «Ciudadanos católicos. Mitos e imágenes de la propaganda antiliberal en el Cádiz sitiado» documentado en la *Colección de diferentes papeles importantes de Cádiz (1808-1814)*. Sitúa la acción en el Cádiz sitiado por los franceses en un momento de agitada politización en las Cortes, en la prensa y en la calle con una sociedad dividida en serviles y liberales, buscando cada parte ganar la batalla de la opinión pública en una especie de guerra civil. Importaba menos Napoleón que destruir al otro con calumnias y descalificaciones. La prensa servil fue maestra en este oficio.

Por su parte, los jesuitas españoles exiliados en Italia fueron observadores de primera fila de la invasión napoleónica en Italia y receptores interesados de las noticias españolas. ¿Cómo vieron aquellos sucesos? Es el tema de Enrique Giménez en «El

año ocho visto por los jesuitas españoles en el exilio». Lo vieron como el fruto de una conspiración fraguada por francmasones, jansenistas y filósofos unidos para subvertir el orden y acabar con la religión y el trono que ya habían denunciado antes de su expulsión. Víctimas de esa conspiración serían Carlos III, Carlos IV y los tres últimos pontífices. Los jesuitas creían estar llamados a defender el Trono y el Altar. El padre Luengo se encargó de recoger sus vivencias en sus *Diarios* en contacto con las noticias que llegaban de España tras los sucesos de 1808.

Carlos Sambricio en «Fiestas, celebraciones y espacios públicos en el Madrid josefino» defiende dos aspectos fundamentales. Uno, que los cambios fueron obra de arquitectos españoles que ya habían desarrollado su actividad con Carlos IV, siendo capaces de dar respuesta al programa del gobierno josefino de acuerdo con cultura española. Dos, José I buscó españolizarse a través de la fiesta, atento más al pueblo del que era rey que a los intereses de su hermano. Su mérito fue llevar a cabo lo que estaba esbozado ya con aportaciones propias sin imponer el programa revolucionario.

Además de la prensa diaria o periódica surgieron otras formas de expresión antinapoleónica con el fin de exaltar el ardor y los sentimientos nacionales y patrióticos, sirviéndose ya de la poesía, del teatro o de

la iconografía. En el primer caso, Françoise Étienvre en «Propaganda antinapoleónica: el arma de la poesía», nos presenta el interés de las autoridades españolas en estimular con premios a la población a publicar trabajos poéticos exaltando el amor a la patria y la lucha contra el enemigo. Una forma más refinada de la guerra de pluma. La autora proporciona ejemplos de estas composiciones poéticas que al tiempo que exaltaban los valores patrios, defendían a Fernando VII. En el segundo, Marie Salgues con «Españoles y franceses en el teatro de la guerra, Visiones recíprocas», resalta el interés de Napoleón por el teatro como arma de propaganda, al igual que los patriotas españoles. En cada caso con el fin de ridiculizar al enemigo con los estereotipos tradicionales. Las obras francesas cargan las tintas contra los ingleses, sus auténticos enemigos, la Iglesia y la Inquisición como tema recurrente, y la necesidad de regenerar a España, arruinada física y moralmente. Los autores siguen las consignas del poder. El éxito del levantamiento español cambió la orientación de estas obras. En el tercero, António Ventura en «Iconografía portuguesa sobre la Guerra de la Independencia española» expone brevemente el problema de la guerra con la aportación de una serie de grabados que circularon en Portugal, en los que destaca a un Napoleón vapuleado por los españoles. El destino de Portugal estuvo unido

al de España y en ambos países la propaganda antinapoleónica adquirió similar dimensión.

En la tercera parte se presentan cuatro trabajos de similares características. Vicente Pérez Moreda, «Las crisis demográficas del periodo napoleónico en España»; Enrique Llopis, «El impacto de la guerra de la Independencia en la agricultura española»; Ángel García, «La guerra económica: la extracción a Francia de ganados merinos» y Alex Sánchez, «Guerra e industria. Consecuencias de la Guerra de la Independencia en la industria manufacturera española». El primero se fija en los costes humanos de la guerra en los quince primeros años del siglo XIX, atendiendo a la crisis económica y los efectos bélicos según años y regiones. Señala las tres crisis: 1803-1805, 1809 y 1812 con sus características y baraja la cantidad de unas 800.000 entre población civil y militar. El segundo abarca el periodo de 1815 hasta mediados del siglo. Destaca primero el desmoronamiento de las instituciones del Antiguo Régimen tras la invasión napoleónica y el impacto negativo sobre la agricultura, distinto según zonas que alteró las relaciones de los campesinos-señores. Luego, tras la guerra se produjeron cambios, se redujo la importación de granos, la mortalidad y aumentó la natalidad. Desde este punto de vista, el balance, a largo plazo, aunque inestable sería positivo. El tercero estudia la importancia de

la oveja merina y el interés de algunos países para aclimatarla a sus territorios. Ya los franceses en tiempos de Carlos III consiguieron exportar algunos cientos de ejemplares para la Granja Real de Rambouillet. Este interés se mantuvo en la Paz de Basilea y con la invasión de Napoleón, poniendo mucho empeño en la saca de ovejas con destino a Francia a la que contribuyó el contrabando. Las consecuencias fueron nefastas. Finalmente, el cuarto coincide con Vicente Pérez y Enrique Llopis en las consecuencias negativas de la guerra a corto plazo, pero menos graves a medio y largo plazo, incluso las consideran positivas, pues la guerra no fue un desastre total, más bien posibilitó un cambio político irreversible. Y si bien la restauración fernandina no fue la panacea, permitió la apertura de las fábricas y talleres, aunque la descapitalización, el deterioro del utillaje y la desarticulación de la red comercial y el contrabando fueron un pesado lastre. Contó a su favor con el aumento demográfico y la expansión agrícola y cierto relanzamiento de la industria textil.

Finalmente, José Álvarez Junco hace un breve pero denso recorrido del periodo en «La Guerra de la Independencia y el surgimiento de España como nación», en el que desmonta algunos mitos en torno al conflicto bélico. Según los estudios más recientes reflexiona sobre las señas de identidad de los españoles, el impacto

de la Revolución Francesa o el vacío de poder. La guerra como ruptura de la historia de España, fue compleja por sus dimensiones y características políticas, militares, religiosas y sociales. Una guerra que compartía el odio al francés con el odio al otro, servil, liberal o afrancesado. Si los liberales mitificaron la nación soberana y la libertad, los conservadores lo hicieron con la trilogía de rey, patria y religión. La nueva historia patria intenta poner las cosas en su sitio y, tal como se ha visto en las ponencias, se está de acuerdo en que el levantamiento no fue tan unánime, ni patriótico ni que las manifestaciones religiosas fueran incompatibles con la formulación de la nación y de la soberanía nacional.

El segundo volumen, centrado en las élites –personas, instituciones o grupos– lo abren Armando Alberola y Jesús Pradells con «Un cuerpo élite en el ejército de la España del XVIII: los ingenieros militares». Tema que plantea la organización del Estado y la constitución de cuerpos técnicos necesarios para su funcionamiento. Es el caso de los ingenieros militares en la España borbónica y de un gobierno pragmático y acorde con las ideas europeas. No tuvo un proceso de formación fácil por las diferencias entre quienes detentaban el poder, sus propias funciones y la aparición de otros cuerpos, como los arquitectos civiles, con los que tuvieron enfrentamientos por sus respectivas competencias. Con casi un siglo de

diferencia y en el ámbito de la educación, Rafael Fernández Sirvent en «Elitismo cultural y político. El entorno del Instituto Pestalozziano (1805-1808)» desvela los deseos de Godoy de crear un ejército moderno de nuevo cuño con colegios para la formación de sus oficiales. Le pareció bien a Godoy la idea de establecer en Madrid un instituto pestalozziano en 1805, adaptando el nuevo método a las necesidades de la monarquía y a sus propios intereses. Le dio un carácter militar para controlarlo mejor y regenerar el ejército. Contra todo pronóstico el centro se cerró en 1808 por razones *inevitables* debidas a la heterodoxia del sistema, a su raíz protestante, a la situación política y a la entrada de las tropas francesas.

Vinculado al Instituto Pestalozziano estuvo Isidoro Antillón, personaje estudiado por Christine Benavides en «Isidoro de Antillón y la abolición de la esclavitud». Liberal convencido, protegido de Jovellanos y poco amigo de Godoy, fue un hombre polifacético y defensor de los derechos del hombre, cualquiera que fuere su color. El 2 de abril de 1802 exponía su *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los Negros* que vio la luz en 1811, con duras críticas al gobierno, déspota y enemigo de las luces. El 2 de abril de 1811 discutían las Cortes sobre la abolición de la esclavitud que, por intereses económicos, no se aprobó. Las ideas de Antillón eran claras. No pedía una

abolición inmediata, pero sí que se pusieran las bases para su desaparición lo antes posible, estableciendo escuelas públicas donde los negros de ambos sexos se educasen.

Ilustración o interés. «En la sopa económica de Rumford, o la beneficencia empresarial en el siglo XVIII», Jean-Pierre Climent plantea tres aspectos. Uno, la biografía de Benjamín Thompson, conde de Rumford, personaje ambiguo y complejo, del que destaca la formación científica que le hace triunfar. Dos, la institución de la sopa económica en Múnich, donde alcanzaría triunfos y honores, y resolvió el problema de la alimentación militar, aplicada luego a los pobres. No fue un gesto caritativo sino interesado, al limpiar las calles de mendigos y recogerlos en hospicios –*Military work-house*– donde se ganaban la comida con su trabajo. Tres, el papel del *Semanario de Agricultura* que, al recoger esta iniciativa, seguía tanto la tradición cristiana como las ideas ilustradas respecto a unos mendigos felices y productivos a la nación.

En la parte segunda, Jean-René Aymes escribe sobre «La mise en cause des élites et, en particulier, des «philosophes» et des «savants» pendant la Guerre de l'Indépendance». Parte el autor del concepto mismo del levantamiento contra Napoleón y de sus protagonistas que adjudica al pueblo, a quien no dirige la élite, oculta, esperando que se aclare la situación y atenta a sus intereses. Las

proclamas, aunque dirigidas mayoritariamente al pueblo, también se ocupan de las élites. Esto lleva a pensar que el pueblo se mueve más por sentimiento que por la razón, pero también por la verdadera sabiduría a la que son ajenas las élites «sabias». Y contra los «sabios»/«philosophes» se dirige la artillería reaccionaria. De modo que si se lucha contra Napoleón con fuerza, con no menos se lucha contra los liberales, identificados con afrancesados y franceses. Si demonio es Napoleón, demonios son los liberales como se recoge en libros, panfletos y diarios dirigidos por eclesiásticos para descalificar, condenar y destruir a los liberales/filósofos.

En «Los hombres de Fernando VII en 1808», Emilio La Parra estudia la biografía de tres personajes vinculados al Príncipe de Asturias primero y a Fernando VII después. Se trata de Escoiquiz, el duque del Infantado y el de San Carlos. Los tres complejos y con gran ascendiente sobre Fernando como integrantes del llamado «partido Fernandino», caracterizado por su odio a Godoy y la voluntad de coronar a Fernando. Partido que supo atraerse a buena parte de la nobleza, mandos del ejército y de la jerarquía eclesiástica. El partido desapareció en 1814, por lo que para el autor, tal denominación, aunque válida, debería ser cambiada por élite política. De cualquier forma, los personajes de este partido/élite utilizaron en beneficio de Fernando la propaganda y la

agitación con éxito. Los tres fueron el alma de su gobierno, lo llevaron ante Napoleón y procuraron la tranquilidad del pueblo, de M^a. Luisa y de Carlos.

Jean-Philippe Luis en «Familia, parentesco y patronazgo durante la Guerra de la Independencia» y Antonio Risco en «Avatares de la nobleza afrancesada y liberal», se centran en la nobleza, en su papel en el Antiguo Régimen y los cambios que experimenta con ocasión de la guerra. El primero se fija en el cambio político y social y la toma de postura entre tradición y modernidad, entre colectividad e individualismo, entre «partidos» y familia, entre un bando y otro. Si bien la familia constituía el vínculo más natural, ésta sufrió los avatares de la crisis, preludeo del nacimiento de la política moderna y del individuo, aunque con ataduras a la tradición. La guerra fue pródiga en cambios de bando, de chaqueta y en ruptura de familias, pero también de fidelidades tanto entre afrancesados como entre patriotas reaccionarios o liberales. La situación militar impuso conductas no siempre deseadas. El segundo traza la semblanza de personajes concretos de unas familias escogidas atendiendo a componentes familiar, social y asociativo y político. El escenario se sitúa en el País Vasco en torno al VI marqués de Montehermoso, la III condesa de Echáuz y el III conde de Villafuertes durante la guerra y la opción política elegida. El

matrimonio Montehermoso-Echáuz apoya a José I que les colma de honores y nombra al marqués comisario de teatros, medio de propaganda política. Al morir, su esposa rehizo su vida en Francia, manteniendo inestables relaciones con el conde de Villafuertes su pariente liberal.

Así mismo, aunque en otro plano, los cambios que introduce la guerra permite a Jean-Baptiste Busa-all escribir sobre «Alberto Lista y el debate constitucional sobre Cortes (Sevilla, 1809)». A Lista añade José Canga Argüelles. Ambos liberales ven el individualismo como fundamento de la representación de la nación pero con notables diferencias. Canga buscaba el equilibrio entre los derechos del rey y los de los reinos, reinterpretando de manera republicana la tradición pactista. Lista proponía una forma nueva de gobierno, ajena a la política de la monarquía católica, en la que los diputados no eran representantes de la provincia sino de la nación, elegidos para elaborar una nueva Constitución, de la que carecía España.

Sobre la política de José I y de Esménard trata el trabajo de Elisabel Larriba, «Jean-Baptiste Esménard, un francés afrancesado». Si hay personajes curiosos y complejos, Esménard es uno de ellos, pero al mismo tiempo honesto en sus planteamientos, adoptando la postura que creyó mejor en cada momento y teniendo en cuenta España, los españoles y Francia, las

patrias que compartía con igual afecto. Esménard sale de Francia y viene a España, adaptándose a la vida y costumbres de los españoles. En 1808 apoya a José al que quiere ser útil con sus consejos a fin de que se granjee el afecto de los españoles, se atraiga a las élites y al clero por su influjo social. Invita al rey a españolizarse. Esménard guardará fiel recuerdo de España y favoreció a los exiliados que acompañaron a José I. Las cosas tal vez hubieran cambiado si se hubiera prestado atención a los consejos de quienes, como él, conocían a los españoles.

Y no le faltaba razón a Esménard como demuestran Maximiliano Barrio en «Eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia», Vicente León en «La élite eclesiástica ante la política. Joaquín Lorenzo Villanueva y Miguel Cortés» y José Calvo Fernández en «El inquisidor general Arce. En la sombra del poder». Obispos y canónigos. Para M. Barrio, el episcopado tardó en tomar partido. Abundaron los eclesiásticos afrancesados y lo fueron por ideología, ambición, miedo o deseos de paz, aunque siempre defendieron su proceder alegando motivos religiosos o sociales. La mayoría de ellos lo fueron por circunstancias de la guerra. Hubo quienes colaboraron gustosos, los que intentaron pasar desapercibidos y los que aprovecharon la ocasión para obtener beneficios. Entre los colaboradores estaba

el complejo y controvertido Inquisidor general Arce, que estudia José Calvo, que lo fue todo entre 1797 y 1813 de la mano de Godoy y siempre a la sombra del poder. Un hombre cuya vida pública y privada manifestó la cara y cruz de sus virtudes y defectos. Inquisidor indulgente, arzobispo reformista intrigante cortesano, codicioso insaciable, confidente de reyes, líder de los afrancesados ajeno al sufrimiento de sus diocesanos y mal obispo. Y por si fuera poco José Calvo publicó después de este Congreso *Ramón José de Arce: Inquisidor General, Arzobispo de Zaragoza y líder de los afrancesados* (Zaragoza, 2008), libro muy bien documentado e interesante. En el lado de los canónigos liberales, Vicente León presenta a J.L. Villanueva y a Miguel Cortés con trayectorias distintas. Villanueva vivió en las dos orillas del río revolucionario y en cada una defendió lo que tocaba. Antes de 1808, el absolutismo y después el liberalismo moderado cincelado en el tomismo. Apoyó la reforma de las Leyes Fundamentales y participó activamente en las Cortes y en la aprobación de la Constitución. Pero Villanueva era sobre todo canonista, escritor y brillante polemista que buscaba la reforma de la Iglesia, con la mirada puesta en los siglos primitivos y en la Iglesia nacional. Algo distinto fue el proceder de Miguel Cortés, más liberal, «progresista» y hasta radical. Defensor de la Iglesia primitiva, del

papel de los presbíteros y de los fieles pero sobre todo del poder civil sobre la Iglesia.

El tercer apartado lo inicia François López con «José Marchena y su *Historia literaria de España*». No se trata del Marchena revolucionario, aunque algo sí, sino del autor de *Leciones de Filosofía Moral y Elocuencia*, publicada en Francia en 1820. Obra en la que hace un esbozo histórico de la literatura española y presenta una abundante colección de textos selectos en prosa y verso de los mejores autores españoles, acorde con su ideología liberal. Critica tanto el despotismo religioso como político y frente a la riqueza lírica denuncia el atraso de la ciencia. Marchena se presenta como un humanista moderno, eminente latinista e inteligente que profesa la moral de la naturaleza. Su obra, coetánea con el pensamiento romántico, al que se enfrenta, se sitúa en un ideario claramente revolucionario.

Juan Francisco Fuentes presenta «Geografía del liberalismo español en la década ominosa: emigración política y exilio interior». Plantea con acierto el autor el complejo fenómeno de la emigración liberal tras el Trienio, tratando tanto su dimensión territorial como su procedencia así como la geografía del exilio interior. En el primer caso apunta los centros del exilio: Francia, Gibraltar, Inglaterra, Portugal y otros destinos menos importantes. En el segundo analiza

la procedencia por provincias. Con los datos en la mano rompe los estereotipos que se han mantenido sobre este exilio y señala que la emigración política tuvo menos importancia que la formada por prisioneros de guerra, desertores o fugitivos, siendo más importante la del litoral y zonas del Pirineo. En el tercero destaca el arraigo del liberalismo en las distintas provincias y también el papel de las mujeres y su incorporación a la causa liberal. La ausencia de conocimiento exhaustivo del fenómeno tiene su causa en la falta de datos o que éstos son incompletos, pero sobre todo en el carácter sectorial y sesgado de la perspectiva metodológica seguida por la mayoría de los historiadores del exilio.

Cayetano Mas Galvañ se ciñe a «El clero murciano durante el Trienio Liberal: las raíces de un conflicto» y la importancia del Seminario de San Fulgencio con su plan de estudios de 1774 de la mano del obispo Rubín de Celis, de las ideas ilustradas y de las directrices del gobierno. Enfrente órdenes religiosas y Ayuntamiento, cada cual en defensa de sus intereses. El Seminario fue foco de ilustrados y liberales, aunque los acontecimientos posteriores cercenaron este impulso tanto en el terreno ideológico como en el control de la educación. En este sentido hay que entender tanto la represión posbélica de 1814 como de 1823. La liquidación de la actividad del Seminario puede explicar las

causas del empobrecimiento intelectual de Murcia desde esta época.

Un poco más lejos nos lleva el trabajo de Aline Vauchelle «De la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas. La continuación del debate sobre la utilidad de las órdenes religiosas en el *Diálogo entre fray Pedro y D. Antonio*». La muerte de Fernando VII dejó una España dividida y muestra de esa división es el *Diálogo* que estudia entre fray Pedro y D. Antonio. El *Diálogo* presenta dos Españas muy diferentes, pero también dos religiones católicas, dos iglesias y dos dioses. D. Antonio es el liberal que pretende convencer al carlista fray Pedro, y éste a aquél, con todo tipo de argumentos. El autor de la obra, partidario de D. Antonio, aboga por un catolicismo ilustrado y bíblico, por un clero fiel a su deber para con la sociedad plural, por una religión compatible con el liberalismo. Fray Pedro defiende su religión tradicional, un clero poderoso y una Iglesia dominante donde importa más la apariencia que la esencia.

Finalmente, Severiano Rojo en «Mito e instrumentalización: el 2 de mayo en la prensa madrileña de la segunda república (1931-1939)», transporta los mitos de la Guerra de la Independencia a la II República. Si a lo largo del siglo XIX el recuerdo de la guerra tuvo sus altibajos, especialmente el recuerdo del 2 de mayo, con el inicio de la II República se apartó su celebración por sus recuerdos

conservadores y reaccionarios. La prensa trató el evento de desigual manera según su ideología. Durante la Guerra Civil ambos bandos se apropiaron de símbolos y mitos de la Guerra de la Independencia mitificando de nuevo al pueblo. Mientras los nacionalistas veían la guerra como un combate bíblico entre el bien y el mal y ensalzaban la religión y el clero, los republicanos resaltaron la acción popular contra el enemigo externo, el fascismo, como nuevo patriotismo, retomando el discurso liberal del XIX. El mito se convertía en arma de propaganda para los dos bandos a fin de legitimar su causa.

VICENTE LEÓN NAVARRO

VILAR, Juan Bautista y VILAR, Mar, *El primer hispanismo británico en la formación y contenidos de la más importante biblioteca española de libros prohibidos. Correspondencia inédita de Luis de Usóz con Benjamín Wiffen (1840-1850)*, Sevilla, Editorial MAD, 2010, 522 pp.

Con el sello de Editorial MAD, y dentro de la colección *Eduforma Historia*, nace una serie denominada *Investigación y Memoria*, cuyo primer volumen se trata de un trabajo que lleva la firma del muy acreditado historiador Juan B. Vilar, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de

Murcia e investigador prestigiado en los ámbitos de la Historia del siglo XIX español y de la Historia de las religiones. Le acompaña en esta obra, como coautora, Mar Vilar, profesora titular de Filología Inglesa, también en el mismo centro universitario. El trabajo, denso y voluminoso está destinado a sacar a la luz pública la correspondencia inédita del polígrafo y literato español Luis de Usoz y Río con su amigo, el hispanista inglés Benjamín B. Wiffen entre 1840 y 1850, descubierta por estos dos investigadores en el Wadham College de Oxford, y un corpus en su conjunto rico en contenidos, en detalles, en confesiones y en arrepentimientos. Este corpus que se revela como un instrumento de primer orden para el análisis y comprensión de la España isabelina y romántica, busca llegar al lector con un lenguaje sencillo y ameno. Los dos autores, conocedores de la inviabilidad de que los historiadores se queden en el *ghetto* de lo académico y de la necesidad de traspasarlo para que la Historia sea un aprendizaje para la sociedad, han jugado con la invitación al lector para que éste –a través de la rememoración de la constitución del Estado liberal– haga un ejercicio para pensarse más allá de sí mismo, para que salga –a partir del conocimiento histórico– del presente y del yo, enfrentándole con lo que éramos hace ciento sesenta años. Y se han empeñado en esa tarea simplemente para que nos aceptemos y

para sabernos situados, en palabras de Sartre. Lo han hecho a través de una fórmula de conocimiento del pasado, aquella que nos permite medirnos, contrastarnos, averiguarnos a partir de lo que hicieron personajes como Usoz y Wiffen, que se tomaron en serio la propia vida, aquella que nos permite convertirlos en nuestros interlocutores. De hecho, poner a disposición del público –como han hecho los dos autores– una documentación tan valiosa es un esfuerzo que, debido al rigor con que ha sido tratada y al alcance de su contenido, podemos catalogar de notabilísimo.

En definitiva, el valor del libro que comentamos –el cual llama la atención en primera instancia por la pulcritud de la publicación– es de tal magnitud que cubre, sobradamente, cualquier expectativa al respecto. Solamente la introducción, que abarca una extensión de 74 páginas, apoyada en un amplio soporte documental, ofrece una reseña histórica y sociológica de la época, así como una sucinta biografía de los dos protagonistas, a lo que se añade una descripción del fondo bibliográfico de Usoz y las enrevesadas maneras de conseguir burlar las restricciones oficiales para ser importados los libros deseados por este personaje desde el extranjero, mediante un tráfico clandestino, especialmente desde Londres.

Luis de Usoz y Río es una de las personalidades más atrayentes y enigmáticas de la España del siglo

XIX, según afirman los dos autores. Las circunstancias de la vida le hicieron nacer en Chuquisaca, alto Perú, hijo de un juez español, al que se le acusó, tras su retorno a la metrópoli, de ser un encubierto defensor de la causa independentista en los territorios coloniales del Imperio hispano en América. La etapa de aprendizaje y, especialmente, su permanencia como bibliotecario del Colegio de los Españoles en Bolonia (p. 45) determinaron de modo perenne el interés de Usoz por los libros, hasta convertirse en uno de los bibliófilos más importantes de su tiempo. También fue uno de los más emprendedores intelectuales y uno de los impulsores del movimiento romántico español. Traductor de griego, hebreo y latín, colaboró continuamente en las más influyentes revistas de su tiempo.

La vida de Usoz dio un cambio radical en el período, paralelo al desarrollo del intercambio epistolar analizado en la obra, en que su ingente, descomunal biblioteca se hallaba en expansión, una biblioteca –de altísimo valor– que llegó a estar compuesta hasta por 11.357 volúmenes, «libros en su mayoría prohibidos por la legislación española entonces vigente –perseguidos hasta entonces por la Inquisición– pero también ediciones señeras de clásicos greco-latinos y de los grandes maestros de la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, la Ilustración y de la primera mitad del siglo XIX», que años más tarde, la viuda

de Usoz, cumpliendo los deseos de su esposo, donó a la Biblioteca Nacional. Es así mismo en esta etapa de su vida cuando Usoz se dedicó a la búsqueda, importándolos a España de forma clandestina, y edición de los autores clásicos del protestantismo español.

En otro orden de cosas, la lectura de la correspondencia que ahora se pone al alcance del lector, amén de permitirnos ir conociendo cómo se forma la biblioteca de Usoz, es un material excepcional –como hemos apuntado– para penetrar en la España del segundo tercio del siglo XIX a través de las reflexiones, el recuerdo y la construcción de *otra visión* del Estado liberal-constitucional hecha más allá del análisis políticamente correcto. Incluso aunque esa otra visión esté expuesta también a la alteración con que el informante Usoz introduce, *volens nolens*, en el relato de la situación, la presentación de un Estado liberal-conservador, restrictivo de las libertades, especialmente la religiosa, que Usoz, cercano al movimiento cuáquero a cuyo credo estaba adscrito Wiffen, afronta desde su talante y compromiso avanzado, rabiosamente liberal, compromiso que pone al descubierto su correspondencia. El epistolario Usoz-Wiffen permite conocer de primera mano «la realidad española ochocentista en sus limitaciones y esperanzas, y en sus frustraciones, fracasos, aciertos y logros», en palabras de los autores de esta obra. Con todo, éstos –rememorando a

Portelli— han sabido evidenciar cómo la importancia de documentos como las cartas de Usoz consiste no tanto en su observación real, verídica, objetiva de los hechos históricos, sino en su desviación de ellos, en cuanto permite que la imaginación, el simbolismo y el deseo emerjan. Y estos pueden ser tan importantes como las narraciones factualmente ciertas y más objetivadas¹. Porque estrategias subjetivas de enfrentamiento de la realidad, es decir de la España isabelina hay en el texto; la obra está plagada de ellas. Sin embargo, los autores han sabido ahondar en la investigación de las formas culturales y los procesos mediante los cuales los individuos que —como Usoz— son origen de testimonios históricos expresan su sentido de sí mismos en la Historia ya que la subjetividad tiene sus propias leyes objetivas, sus estructuras y sus mapas; en este sentido, Juan Bautista y Mar Vilar han sabido reconocer la subjetividad como tal, y separándola de forma metodológica de la información factual y las formas intermediarias, han logrado apreciar su condición cognoscitiva. Han abierto el camino para que el lector utilice el texto para deconstruirlo², entrando en diálogo constante con el autor de las epístolas: como,

1. Cfr. PORTELLI, *Tite Death / o Luigi Trasulli and oller Stories. Form and Meaning in Oral History*, New York, 1991, pp. 50-51.

2. Cfr. CHANFRAULT-DICHET, Marie-Françoise, «Mitos y estructuras narrativas en la historia de la vida: la expresión de las

por su naturaleza, las cartas de Usoz son simultáneamente representaciones de situaciones y de reacciones a estas situaciones, o sea, de las estructuras y de la praxis, ponen en tela de juicio cualquier intento de concebir la realidad socio-histórica tanto como el resultado de estructuras «objetivas» puras o como el resultado de la acción subjetiva pura; de hecho, es mediante la praxis del sujeto, en este caso, los testimonios escritos de Usoz, como se pueden captar mejor la experiencia y la subjetividad para fines históricos.

Así mismo, el entronque de Usoz con el movimiento romántico español permite a los dos autores actualizar en una sugerente aunque sucinta síntesis el panorama cultural e ideológico al que se refiere el ámbito cronológico del epistolario del bibliófilo, haciendo referencias a la producción escrita de unos años tan desvalorizados por la crítica literaria nacional hasta la década de 1970, pero —sin embargo— tan creativos y renovadores cuando se les investiga en profundidad. Usoz, que es hombre de vasta cultura clásica, minucioso relator del patrimonio literario y artístico español, vive a partir de 1840 un cierto retraimiento social (p. 48). Para él, la escritura, el mito, las epístolas a Wiffen, exorcizan o parafraseando a Gabriel Albiac, tal vez sólo proponen, la imposibilidad de la vida en

relaciones sociales en el medio rural», *Historia y Fuente Oral*, n.º. 4 (1990).

un tiempo estancado para el bibliófilo como entendía era el propio de la España isabelina. Cuando –como él juzgaba– el pasado absolutista no quería acabar de morir, cuando el futuro con la anhelada libertad no podía acabar de nacer a la vida, acaecían tiempos mórbidos que él analiza en un tono que quiere ser sabiamente sosegado. A la vez describe con fino sentido crítico y a veces con británico humor –propio de un anglófilo– las costumbres del país que contempla; es, además, desde una posición liberal-democrática, un analista político de primer orden. Al escribir sobre Madrid, villa y corte y sede del gobierno, Usoz se extiende muy detalladamente en consideraciones políticas sobre los males de España, la falta de infraestructuras viarias que articularan un sistema de transporte terrestre eficaz y rápido haciendo posible la interconexión de las economías comarcales y regionales y la consolidación de un mercado económico nacional (p. 76), el escaso desarrollo de un sistema educativo gratuito y público (p. 116), el atraso material del país y en consecuencia la insuficiencia de los recursos productivos para generar una demanda de puestos de trabajo lo suficientemente numerosa como para dar empleo a la población activa nacional, lo cual suponía que el excedente de mano de obra se viera abocado a la emigración a Uruguay, Argentina, y a las excolonias americanas (p. 120), la desmoralización de

la población, la corrupción política que ve como la maldición endémica que sufre la malhadada España, la poca disponibilidad de los funcionarios públicos para esforzarse en aras al bien común; en definitiva, Usoz va pergeñando un completísimo fresco de la España de su tiempo, convirtiéndose esta obra –con los sólidos análisis que la complementan de Juan B. y Mar Vilar– en una referencia necesaria dentro de la bibliografía sobre la historia de la implantación del régimen constitucional en España, siendo una síntesis útil para conocer la evolución política y social de diez de los primeros años de funcionamiento del liberalismo, un trazado ágil y ameno de los avatares políticos bajo la regencia de Espartero y el gobierno de Narváez, así como de las fuerzas sociales y los intereses económicos, que estaban tras de aquéllos.

En este orden de cosas, Usoz, situado en la vanguardia del liberalismo progresista-radical de la época (p. 40) y por tanto figura parangonable al más grande de los poetas románticos españoles, Espronceda, pues como él fue uno de los precursores del todavía non-nato movimiento demócrata³, se lamenta continuamente de la falta de

3. De hecho, desde 1840 y sobre todo en torno a los poderes municipales y provinciales y en los batallones especialmente populares de la Milicia Nacional, se habían ido organizando grupos republicanos de ideología democrática antimonárquica y con difusas ideas federalistas,

libertades en el país, de la falta de libertad de cultos, de la existencia del Estado confesional (pp. 117, 125, 139-140, 142, 149, 170, 171, etc), introducidas paradójicamente por los liberales españoles en el proceso de gestación del Estado constitucional. En este punto, y siguiendo a María Cruz Romeo Mateo, podemos entrar en un diálogo a-crítico, sin ánimo de zaherir a Usoz, señalando que ésta es una realidad introducida ya por la primera Constitución liberal hispana del siglo XIX, la de 1812, que ciertamente no cimenta o no basa la legitimidad de los derechos humanos y cívicos en los individuos, sino en el *sujeto nacional*, en la Nación; en la cultura liberal, será la existencia de esa Nación la que salvaguarda los derechos de los individuos. Pero imbricado con este punto, cabe añadir que el fundamento de los derechos cívicos en el primer liberalismo español es ya sagrado, es moral-religioso. El sistema de libertades fundamentales de los ciudadanos no depende tanto de la legislación, sino de la asociación de esos derechos a la dimensión sagrada, divina. Frente a las críticas que Usoz hace sobre la persistencia de la confesionalidad del Estado y el poder omnipotente de la Iglesia católica en la España isabelina, en nuestro diálogo con el autor de las epístolas evidenciamos que éstas son estrategias

cuyas bases se confundían muchas veces con las del progresismo radical.

que tienen que utilizar los liberales, pues al tiempo que se iniciaba el desarrollo del aparato legal del nuevo sistema constitucional, se planteaban al mismo unos problemas políticos derivados de la guerra civil carlista y del apoyo a la causa de D. Carlos María Isidro por parte del clero regular. La guerra carlista puso sobre el tapete la necesidad urgente de unir todas las fuerzas liberales y que tanto progresistas (Usoz se queja repetidamente de que los miembros de este partido sean contrarios a la libertad religiosa, véase pp. 140-42, 150-151) como moderados entendieran como vital para el mantenimiento del régimen, la necesidad de conciliarse con las jerarquías eclesiásticas para contar con su apoyo, dado el ascendiente ideológico que la Iglesia ejercía sobre la mayoría de la población, restando de esta manera apoyos al carlismo.

Otro de los apartados que merece especial atención del bibliófilo Usoz es la falta de la democracia que ha conllevado el triunfo de los liberales en España y el advenimiento de la burguesía como clase social hegemónica. Sin embargo, entre las redefiniciones actuales del concepto de «revolución burguesa» que han llegado al campo historiográfico desde los años 80 del siglo XX, G. Eley⁴ ha roto o matizado la cadena causal que enlazaba en la

4. BLACKBOURN, D. y ELEY, G., *The Peculiarities of German History. Bourgeois society and Politic in Nineteenth Century*

historiografía burguesía/liberalismo/democracia. Sus argumentos son un importante correctivo de estas ecuaciones, estableciendo que no existe una continuidad histórica clara entre liberalismo=burguesía=revolución=democracia=liberalismo, pues cada uno de estos conceptos tiene una evolución histórica multiforme, nunca una identificación, aunque sí un posible solapamiento, a veces; es decir se entrecruzan en el desarrollo histórico en todo caso. Así: 1. El liberalismo no es un reflejo unilateral, directo de los intereses burgueses; 2. El liberalismo no está unido totalmente a la burguesía; 3. La democracia no tiene por qué practicarse en un Estado liberal, que puede aplicar el sufragio censitario. De hecho, los políticos liberales españoles temían intensamente la revolución social popular. Les aterrorizaba que las 'turbas' se apropiaran del poder⁵. El modelo ideal marxista del liberalismo como cambio –o revolución burguesa– que conducirá indefectiblemente a la introducción de un nuevo modo de producción, el capitalismo, está dejando de ser válido para los propios historiadores marxistas.

Particular referencia merece la identificación que establece Usoz entre la política del partido moderado

y el absolutismo político (p. 346). Quienes de ese modo son acusados por el bibliófilo no eran, sin embargo, unos epígonos del absolutismo. Isabel Burdiel ha demostrado cómo, de hecho, Donoso Cortés, dirigente del moderantismo, ideólogo del partido y cerebro gris de la España isabelina ya había demandado de Fernando VII la apertura política a favor de «las clases medias» y había ejercido su habitual sarcasmo contra los carlistas en armas. El político extremeño representaba a mediados del ochocientos el auge del mérito y de las filas intermedias de la sociedad, en realidad despreciativas del feudalismo, la sociedad estamental y la aristocracia cortesana del Antiguo Régimen⁶. De hecho, con Narvéez llegaron al poder en 1844 una nueva generación de liberales moderados que, excepto Martínez de la Rosa, eran relativamente novatos en la vida política. La base ideológica de estos políticos, el liberalismo doctrinario, influido por la Francia de Luis Felipe de Orleans, proclamaba como base de la moral pública la idea de conseguir una seguridad en el respeto de la propiedad privada, la paz en el interior del país y un orden estable basado en la vía intermedia entre las tendencias políticas extremas (absolutismo y democracia). Para garantizar este orden, los moderados no dudaron en

Germany, Oxford-New York, Oxford University Press, 1984, pp. 82-83.

5. Cfr. Isabel Burdiel: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, p. 4.

6. I. Burdiel: *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa Calpe, 2004.

emplear la represión (de hecho, en el primer año de gobierno de Narváez, 1844, fueron fusiladas más de doscientas personas, pp. 125 y 133 del epistolario de Usoz). En este sentido, uno de los pasajes del epistolario que más llaman la atención, sin discurrir empero por los caminos del exceso injustificado, y que le confieren una extremada intensidad emocional y plástica que nada tiene que ver con la desmesura o la artificiosidad porque está moldeada por un estilo –el del bibliófilo– espontáneo, poderoso y personal, consistente en la aplicación sistemática de una mirada penetrante son los fragmentos dedicados a la represión por el gobierno Narváez de las repercusiones del ciclo revolucionario de signo progresista-democrático de 1848 en Madrid (pp. 259-263 y 277-281) con centenares de muertos en las calles, desproporcionada violencia, ejecuciones sumarias y varios millares de personas confinadas en presidio, proceso que Usoz conceptualizará como «tiranía espantosa», en unas páginas que por su tensión emotiva rememoran la descripción que Víctor Hugo hace en *Los miserables* de la fallida revuelta popular, obrera, bonapartista pero también republicana y democrática contra el gobierno de la alta burguesía del 5 de junio de 1832 en las calles de París⁷.

7. Seguimos el capítulo octavo de la cuarta parte en la versión abreviada de la novela. V. Hugo, *Los miserables*, Barcelona,

Otro de los temas extensamente tratados en el epistolario de Usoz es la falta de libertad de comercio en las relaciones mercantiles internacionales que mantiene el régimen isabelino. Sin embargo, en las matizaciones al autor del epistolario podemos utilizar el paradigma de un método de trabajo empleado en la actualidad con profusión por los historiadores, el análisis comparativo de procesos históricos para darnos cuenta de que al respecto, España no difería en su evolución de aquel país, el Reino Unido, al que Usoz desea imitar. De hecho, a partir de 1830 se había asistido en el Parlamento británico a un debate suscitado por los empresarios industriales librecambistas como Richard Cobden (al que Usoz cita en las pp 197 y ss.), que seguían las tesis de los teóricos del liberalismo en economía política (A. Smith, D. Ricardo, T. Malthus) y pretendían acabar con el proteccionismo agrícola, las *Corn Laws* y las Leyes paternalistas en el Reino Unido respecto a los pobres, a la par que deseaban abrir el mercado inglés a todo tipo de importaciones pues ello permitiría dar salida al exterior a la producción textil británica. Este mismo debate y esta búsqueda del librecambismo están presentes en la España de la Regencia de Espartero. De hecho, es la polémica que tuvo lugar en las Cortes españolas a partir

Ediciones Dalmau Socias, 1980, pp. 517 y siguientes.

de los meses de noviembre-diciembre de 1842, entre proteccionistas y libre-cambistas; es en el marco de esta polémica cuando surgió el rumor de que Espartero proyectaba firmar un tratado comercial con Inglaterra, que iba a liberalizar la entrada de tejidos ingleses en España. La industria algodoneira catalana –proteccionista– se puso en pie de guerra contra este proyecto y contra Espartero, lo que condujo a la sublevación de Barcelona contra el gobierno progresista (p. 106). Esta campaña contra el librecambismo promovido por el Regente es lo que detecta Usoz como «animadversión de los periódicos de Madrid contra los ingleses, atribuyendo cuanto malo pasa en España, a Inglaterra» (p. 109 y ss). Usoz detecta la consecuencia, pero no la causa.

Tratamiento extenso también ha merecido la personalidad del destinatario de la importante colección de cartas de Usoz, Benjamín B. Wiffen (pp. 49-51), nacido en el seno de una familia de origen alemán. Ambos se conocieron en Londres, y desde el mismo momento de su encuentro surgió una amistad para siempre. Tras una visita de Wiffen a España, brotó la idea de rescatar del olvido a los clásicos del protestantismo español. Además de recuperar estas obras, ambos amigos se dedicaron a reeditarlas,

de modo clandestino en Madrid y San Sebastián. Será esta una de las temáticas que con mayor frecuencia aparezca en la correspondencia citada.

En consecuencia, el trabajo de los dos autores se vuelca en las acciones de los personajes analizados y en el análisis sistemático del corpus epistolar de Usoz. Los autores analizan estos apartados en contextos amplios, accesibles a quienes llevan mucho estudiado sobre las raíces sociales de la política y la cultura. Las vidas privadas y el análisis social se conjugan, para ofrecer un producto que reúne muchas de las innovaciones que hoy se reclaman de la Historia. A un pulso dramático y narrativo se une un espléndido conocimiento de referencias y, no en último lugar, el firme ejercicio intelectual de argumentar un análisis alternativo de los inicios de la España contemporánea. En varias dimensiones, por tanto, es un ensayo a la vez atractivo y con estímulo suficiente como para deber ser tenido en cuenta en el terreno de la Historia como problema. No es habitual que un libro de Historia ofrezca tanto.

A mi padre, C. Pastor

FRANCISCO MANUEL PASTOR
GARRIGUES

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, Madrid, Akal, 2009, 249 pp.

La biopolítica, un *no-concepto* historiográfico

La palabra «biopolítica», desde que Foucault le diera carta de naturaleza allá por 1973 y sobre todo durante los cursos 1977-78 (*Securité, Territoire, Population*) y 1978-79 (*Naissance de la Biopolitique*), enseguida fue acogida como un gran hallazgo semántico y cosechó un éxito inmediato en el campo del pensamiento crítico. Nació como concepto en construcción. Pronto empezó a tener vida propia, con aplicaciones y ampliaciones más o menos ajustadas a los planteamientos genuinamente foucaultianos (es decir, según nos recuerda Francisco Vázquez, la biopolítica entendida como «conducción de las conductas relacionadas con el ser humano en tanto organismo viviente, implicando por ello una serie de procesos vitales de alcance colectivo»), o con derivaciones, apropiaciones y reinterpretaciones tan polémicas como asimismo exitosas en obras de teóricos sociales de gran renombre, sobre todo Giorgio Agamben (en *Homo sacer*) y Toni Negri y Michael Hard (en *Imperio*), además de Zygmunt Bauman o Habermas y Sloterdijk.

Así se entiende mejor que el concepto de biopolítica se fuera haciendo

más y más visible en los campos de estudio de algunas Ciencias Sociales, y eso mismo explica que, con bastante relevancia y riqueza durante los últimos años, hayan empezado a darse grandes avances también en el ámbito español de los estudios sociales de la biopolítica actual (de la mano de autores como Javier Ugarte o Ignacio Mendiola, entre otros). Sin embargo, la biopolítica, ni en su acepción más ortodoxa ni mucho menos en sus enfoques más heterodoxos, no ha encontrado todavía su sitio en la gran caja de herramientas de la historiografía española más avanzada, es decir, aquella que, aunque no pugne demasiado por formalizar dentro de las Ciencias Sociales conceptos y teorías con una fuerte resonancia crítica, los conoce y los aplica con solvencia. Paradójicamente, aunque Foucault se empeñó en dotarlo de historicidad, el concepto de biopolítica brilla fuera de los estudios históricos. Sus escasas apariciones literales en la obra de algunos historiadores españoles son en gran medida soslayadas por la comunidad historiográfica, porque sueñan abstrusas y ajenas, como herramientas analíticas de otras disciplinas, o, en el peor de los casos, como jerga vacua de ensayistas y jerigonza postmoderna.

El concepto de biopolítica sigue en construcción y en vigorosa ampliación mientras que la historiografía española apenas ha empezado a dibujarle un prometedor hueco

conceptual. Se ha convertido en un clamoroso *no-concepto* historiográfico algo que, sin embargo, adquiere auténtica utilidad cuando se aplica al análisis de la larga duración de los procesos históricos y a sus efectos en el tiempo presente.

Biopolítica de facto en la historiografía española

La biopolítica es, pues, un *no-concepto* historiográfico y por lo tanto su riqueza teórica proviene de fuera, aunque su verdadera aplicabilidad sea histórica. Sin embargo, su suerte futura ya podría haber empezado a cambiar, gracias al esfuerzo que ha realizado el filósofo e historiador Francisco Vázquez García en *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*. Este libro, además de la síntesis y la sistematización que nos hacía falta tener, por encima de cualquier aportación concreta, merece ser destacado por la mayor de sus virtudes: demostrar que, aunque su uso conceptual sea clarísimamente deficitario, el amplio y resonante significado teórico del término biopolítica impregna el enfoque de algunos historiadores españoles en muchos de sus trabajos sobre «poder» y «gobierno» de las «poblaciones», en la Edad Moderna y en la Contemporánea.

En efecto, hay muchos enfoques biopolíticos en la historiografía española. Con palabras de Francisco Vázquez podríamos decir que ya llevamos

varios años abordando la historicidad de las «prácticas de matriz biopolítica» (p. 6). De forma dispersa y fragmentada, a veces impresionista y desmigajada, la historiografía española ha ido analizando los trazos y los trayectos de la «conducción» política de las conductas colectivas, lo que permite al profesor Vázquez García, tras redefinirlo en términos de biopoder y biopolítica, situar su «punto de partida» en torno a 1600 para, desde ahí, ir desmenuzando la larga duración de «los discursos y las prácticas que configuran la biopolítica» en España. El autor profundiza en aspectos concretos de la biopolítica moderna y contemporánea y prefiere terminar su análisis en la década de 1940, cuando la biopolítica se tiñe de pretensión totalitaria. No obstante, nos son pocas ni irrelevantes las reflexiones que realiza Francisco Vázquez acerca de la utilidad de ese concepto para plantearnos mejor algunas de las interrogantes del presente (como «la presencia continuada e imponente de la Iglesia en el marco de la biopolítica», por ejemplo). Y, además, se detiene en hacer inteligible ese largo proceso de la biopolítica en España, que abarcaría desde el siglo XVII hasta nuestros días, resumiéndolo y subdividiéndolo en 6 grandes períodos que, por ilustrativos, conviene destacar aquí.

En primer lugar delimita una primera y larga etapa de formación histórica y de «nacimiento» de la

biopolítica propiamente dicha en España, la que en resumidas cuentas podría llamarse «biopolítica absolutista», que abarcaría desde 1600 a 1820. En ese largo período el ejercicio de la soberanía estuvo monopolizado por la figura del monarca, por lo que se desarrolla un auténtico marco de biopoder disciplinario (en instituciones asilares, cárceles y manicomios, o a través del control de pobres vagabundos y de la represión de la prostitución, entre otras prácticas de control punitivo). Pero también nace la biopolítica propia de un «Estado de policía», preocupada por la conducción de las conductas y por el aprovechamiento de los recursos y las utilidades. Entendida, en su sentido primigenio foucaultiano, como «gobierno de las poblaciones», la primera biopolítica española estuvo literalmente determinada por la acuciante problemática de la «despoblación» de amplísimos territorios, pues la población era entendida como una «riqueza del reino». Esto último tendrá una especial repercusión en el pensamiento económico y en sus derivas como proyectismo biopolítico barroco e ilustrado, muy preocupado por las descompensaciones estructurales del régimen poblacional, como las que provocaba «el exceso de religiosos» (pp. 97 y ss.), o la emergencia de «las políticas de extranjería» (pp. 105 y ss.), junto a «la expulsión de los moriscos» (págs. 110 y ss.), el cierre de las mancebías, o ciertas

prácticas lujuriosas y el problema de la sodomía y las polémicas sobre los afeminamientos, etcétera.

En su segunda etapa decimonónica, la que comprendería las décadas 1820-1870, la biopolítica se hace «liberal clásica», porque se va gestando un modelo de sociedad en el que emergen el Mercado, la Población y la Sociedad Civil con tendencia a su propio desarrollo autónomo y, por tanto, menos sujetos a la coacción del Estado. La «ciencia de la policía», ocupada del hombre «como viviente» y en desarrollo desde los comienzos de la dinastía borbónica, sobre todo a través de la práctica reglamentista y del uso de ese «saber de Estado» que llamaremos «estadística», se va a centrar en atender cinco grandes problemáticas: la población, los víveres, el trabajo (y el ocio), «la cuestión de las circulaciones y los tráficós», y la salud (en términos de higiene, limpieza y decoro, asuntos que el autor desmenuza en las pp. 155 y ss., retomándolos más adelante para relacionarlos con los tratamientos estadísticos, como «tecnologías de la gubernamentalidad liberal»).

Sin embargo, el siglo XIX dará para mucho y conocerá una nueva etapa, la que Francisco Vázquez denomina «biopolítica interventora». Esa tercera etapa de la historia de la biopolítica, a la que se dedica todo el capítulo VI del libro, comenzaría en 1870 y concluiría en 1939, es decir, cuando el Estado liberal ya

había cristalizado, entre otras cosas, intentando conducir los procesos biológicos, económicos y civilizatorios que iban a servir para evitar las consecuencias de la autorregulación del mercado. Es por eso una etapa de seguros sociales y «medicina social», de previsión y reformas sociales, pero también de nuevas tecnologías eugenésicas, con su enorme «polivalencia ideológica» (desde liberal a anarquista) y su lenguaje social darwinista de «defensa social» frente a los delinquentes concebidos como «enemigos biológicos» que amenazan la supervivencia de la nación (nación española, por supuesto, aunque Francisco Vázquez señala que también podría encontrarse su correlato en el imaginario racista del naciente nacionalismo vasco de Sabino Arana).

La dictadura franquista abarca la cuarta etapa de este largo proceso, la que el autor no duda en categorizar como «biopolítica totalitaria», entre otras cosas, porque el Estado ejerce un biopoder máximamente disciplinario y regulador, con un tremendo desarrollo de la tanatopolítica dirigida contra sus enemigos políticos, al menos en los primeros años de posguerra. Después llegará una nueva

etapa –la quinta, la que Vázquez llama *biopolítica social*–, en unos años cortos, casi coincidentes con lo que convencionalmente ha dado en llamarse Transición democrática, pues el autor la sitúa entre 1975 y 1985. En esos años, los de la edificación del Estado de Bienestar, vida y salud no son una «obligación» individual y una preocupación para el Estado (como se entendía en la etapa de la biopolítica intervencionista), sino un derecho que el Estado debe atender.

Y para terminar, aún puede objetivarse una sexta y última etapa, la que habría tomado cuerpo a partir de 1985, una especie de «biopolítica liberal avanzada o neoliberal» en la que «lo social» ya no va a ser un rosario de «necesidades básicas», sino un «trasfondo de energías» que hay que conducir hacia los fines marcados por los mercados. Por eso, al cerrar las páginas de este libro atípico y sugerente, nos asalta la duda sobre el biopoder que en estos momentos se está edificando y acerca de la biopolítica que se practicará cuando amaine (o no) la crisis sistémica del capitalismo global iniciada en 2008.

PEDRO OLIVER OLMO

VILLANUEVA ALONSO, María Luisa (dir./ed.), *La Méditerranée et la culture du dialogue (Lieux de renoncé et de mémoire des Européens) – El Mediterráneo y la cultura del diálogo (Lugares de encuentro y de memoria de los europeos) – El Mediterrani i la cultura del diàleg (Punts de trobada i de memòria dels europeus)*, Bruselas, P.I.E. Peter Lang, 2008, 339 pp.

Se trata de un libro que recoge trabajos en francés, español y catalán, de aquí que su título sea trilingüe. Su objetivo consiste en contribuir a la creación de espacios comunes para el diálogo entre los europeos con la intención de promover una cultura del debate que vaya en busca del Otro. Se encuentra estructurado en cuatro partes bien delimitadas.

La primera parte lleva por título: «La cultura du débat / La cultura del debate / la cultura del debat». Agrupa aquellos trabajos que reflexionan sobre las lenguas y los discursos. Un primer trabajo es el de Vicente Salvador Liern. Analiza con gran claridad y acierto el término «debate», en cuanto elemento educativo y constructivo, y se centra, sobre todo, en el debate político. Concluye que resulta cada día más necesaria una cultura social del debate ciudadano, ante los graves problemas que se plantean en los tiempos actuales. Dos trabajos con un mismo elemento común: la lentitud, son los aportados por Rosana

Serra e Isabel Ríos. Ambos analizan la lentitud como imprescindible para los procesos de enseñanza-aprendizaje. Rosana Serra se centra, sobre todo, en el aprendizaje de lenguas en general, mientras que Isabel Ríos lo hace en el aprendizaje en la escuela. Sandrine Caddeo, por su parte, defiende una aproximación al conocimiento de las lenguas teniendo en cuenta el potencial lingüístico de cada uno y tratando de poner los medios adecuados para activarlo. Considera que hay que saber aprovechar el parentesco entre lenguas para su aprendizaje, señalando los puntos coincidentes, y muy en especial, aquello en lo que difieren tanto en el aspecto léxico, como morfológico y sintáctico.

Una segunda parte titulada: «Voyage et Reenoncé. Images littéraires / Viajes y encuentros. Imágenes literarias / Viatge i trobada. Imatges literaries», agrupa una serie de trabajos que contienen análisis sobre el juego de espejos, que se establece cuando se entra en contacto con el Otro. Se aborda a través de la literatura de viajes y del estudio de las influencias en los pueblos del Mediterráneo. Alias Bacar pone en evidencia las huellas que Cataluña ha dejado en el Túnez contemporáneo. María Elena Baynat Montreal, nos ofrece la visión que sobre los españoles tenían tres autores franceses del s. XIX: Gautier, Dumas y Mérimée. Concluye que estos autores han contribuido a crear ciertos estereotipos aún vigentes en la actualidad

y con los que somos percibidos por algunos viajeros que nos visitan. Victoria Gaspar Verdú, hace un recorrido por aquellas obras de Goethe, y muy en especial, por aquellas en las que la influencia clásica greco-latina se percibe con mayor claridad. Pretende demostrar cómo la cultura greco-latina es un elemento aglutinador de países, sirviendo de encuentro entre culturas diferentes. Serhat Ulagli, analiza a partir de un corpus de 15 novelas de autores turcos de los ss. XI y XX, lo que representa occidente, y en especial Francia por sus relaciones más históricas, más estrechas en el espíritu oriental. Los rasgos distintivos entre estas dos culturas: étnicos, religiosos, culturales y políticos, constituyen la causa de una desconfianza mutua. No obstante, no faltan novelas partidarias y defensoras de occidente. La literatura se presenta como un buen medio para un mayor conocimiento mutuo.

Da comienzo la tercera parte, que lleva por título: «Mithes, mathesis et tradition / Mitos, matisis y tradición / Mites, mathesis i tradició», con un extenso y muy documentado trabajo de Jesús Bermúdez Ramiro. Analiza y deja patente la poderosa influencia que la antigüedad clásica greco-latina ha ejercido y sigue ejerciendo en la literatura europea desde la Edad Media hasta nuestros días. Muy interesante resulta su análisis sobre la poesía de Francisco Brines, poeta valenciano vivo actual, bajo la influencia clásica.

Su poesía, según el autor, no se llega a comprender del todo, sin unos conocimientos de la cultura greco-latina. Demuestra con gran claridad cómo autores como Epicteto, Marco Aurelio, Epicuro, Platón, Horacio, Séneca se encuentran presentes en su poesía. Este estudio tan riguroso y valioso es una aportación más en ese encuentro entre las diferentes culturas europeas, tomando como base la cultura clásica greco-latina. Eliseo Borrás Vesés nos presenta un recorrido sintético y a la vez esclarecedor por el sinuoso curso de la historia del pensamiento matemático. Desde lo uno a lo múltiple y diverso. Todo se ha explicado y es explicable con modelos matemáticos: el determinismo y el caos, el equilibrio y la incertidumbre, el monoteísmo y el ADN. Helios Jaime Ramírez analiza las correlaciones que mantienen los mitos con la teogonía, la cosmogonía y la navegación. Muestra de forma patente cómo los mitos son importantes para esclarecer la evolución de las civilizaciones, haciendo especial referencia a la relación entre la mediterránea y la nórdica. Lluís Meseguer pretende ejemplificar la dualidad discursiva de las literaturas que se han creado en Europa como «voces de la memoria» de esta cultura y, por tanto, manifestación de su condición nacional y local. Esta hipótesis la demuestra analizando ejemplos de narrativa realista en Europa de diferentes autores como Tolstoi, Benito Pérez Galdós, Vicente Blasco Ibáñez,

Narcís Oller y Manuel Vicent, quienes introducen diversas lenguas en su narración. Rosa Monlleó intenta analizar de manera brillante el interés mostrado en Europa por la Memoria Histórica en las últimas décadas, tanto por parte de los cultivadores de la Historia como en la ciudadanía. Entre las causas de este interés sitúa la autora las vivencias de periodos traumáticos como el holocausto nazi, las dos Guerras Mundiales, el totalitarismo de los países del Este y en España la Guerra Civil y el Franquismo. Las personas que vivieron estos periodos de ruptura y violencia, muchas de ellas víctimas de actuaciones injustas, necesitan recuperar la memoria y su dignidad, más cuando tiene el peligro de ser ocultada e ignorada por los poderes públicos. Durante la Transición Democrática, los políticos que pilotaron este periodo pretendieron una amnesia colectiva de la Guerra Civil y el Franquismo para mirar al futuro, pero, después de los años pasados, las víctimas y sus familiares necesitan contar lo sucedido para que las heridas se cierren y se dignifique su memoria.

La cuarta parte trata sobre «La quête de l'identité et la culture de la paix / La búsqueda de la identidad y la cultura de la paz / La cercaq de la identitat i la cultura de la pau». Un primer trabajo muy minucioso y elaborado de Gérard Bossuat, trata de responder a la pregunta ¿la identidad europea existe? Considera que por el

momento queda todavía un largo camino que recorrer. No hay una identidad europea sentida con fuerza por los ciudadanos europeos, se trata más bien de la expresión de una pluralidad de culturas. Existe, no obstante, un deseo por parte de los europeos de tener unas marcas de identidad en un mundo inquietante. Ricardo Pérez Casado se propone subrayar el papel central del Mediterráneo en los nuevos escenarios de la globalidad. Resulta necesario aprovechar la nueva centralidad del Mediterráneo para la solución de conflictos, pero como dice el autor: «Todo con la UE, nada sin los Estados Unidos». Vicente Martínez Guzmán, aborda desde el punto de vista de la filosofía de la paz, las tensiones que viven las culturas del Mediterráneo, dentro de un mundo global. Propone toda una serie de alternativas de inspiración kantiana, que considera el globo como el hábitáculo común sobre el que nadie tiene más derecho que otro a estar en un lugar de la tierra. Maria-Àngels Roque señala que a ambos lados del Mediterráneo se encuentra civilizaciones y culturas específicas, pero también aspectos coincidentes. Hay cierto aire familiar, pero también un espacio en el que se intenta marcar diferencias. El diálogo es el procedimiento que disponemos frente a una serie de desafíos, pero igualmente de potencialidades cuando existe la voluntad. Un artículo llamativo es el de Agustín García Calvo. Su título

«Contra patrias y culturas» es ya indicativo de su contenido. Rechaza la idea de Estado, Nación, Patria, porque, en su opinión, son instrumentos de opresión que junto con el Capital beneficia a unos pocos en perjuicio de la mayoría. Este binomio Estado-Capital que son uno y lo mismo, son los causantes de la miseria y pobreza del planeta.

JOSÉ MIGUEL SANTACREU SOLER
Universidad de Alicante

SANTACREU SOLER, José Miguel; AURA MURCIA, Federico; MILLÁN LLIN, Vicente, *La segregación de San Vicente del Raspeig del término municipal de Alicante. Análisis y documentación*, Alicante, Diputación Provincial de Alicante, 2011, 386 pp.

Al transitar por la carretera que une Alicante con San Vicente del Raspeig, en una de las nuevas rotondas que jalonan el recorrido, nos sorprende la vista de una escultura que recuerda una hoja de papel en la que se pueden leer algunos nombres. Si desde el coche conseguimos detener la mirada unos segundos más, observamos que no se trata simplemente de una serie de nombres, sino de firmas. Son firmas de letra sencilla y su grafía nos revela una escritura de pluma, seguramente antigua. Pero, ¿quiénes son sus firmantes?

Efectivamente, para quienes no hayan tenido el tiempo o la curiosidad de pararse y mirarlo más detenidamente, se trata de un homenaje a aquellos 58 hombres, vecinos del caserío de San Vicente, que en 1836 elevaron un memorial a la reina, solicitando su segregación de la ciudad de Alicante. Ahora, 175 años después, vecinos e instituciones evocan aquella gesta.

En esa misma línea conmemorativa, se enmarca la publicación del libro *La segregación de San Vicente del Raspeig del término municipal de Alicante. Análisis y documentación*, a cargo de José Miguel Santacreu Soler, Federico Aura Murcia y Vicente Millán Llin, los tres historiadores e investigadores, impulsores del *Cercle d'Estudis Sequet però Sanet*, que desde 1997 viene desarrollando una intensa labor de investigación para divulgar la historia de San Vicente desde las distintas vertientes posibles, buena muestra de lo cual son las publicaciones *Plecs del Cercle*, que cuenta ya con más de 55 títulos.

Los autores nos presentan en un cuidado volumen, editado por la Diputación Provincial de Alicante, toda la documentación recopilada en torno al proceso segregacionista de 1836: cuarenta documentos fundamentales transcritos y en facsímil, que son introducidos por un análisis histórico del propio memorial, de sus antecedentes y de las vicisitudes que siguieron a los primeros tiempos de

la egresión, todo ello contextualizado en una España de inquietudes liberales. Su inclusión en facsímil le añade, a mi juicio, una riqueza extraordinaria, y es que cuando se estudia la historia no hay nada tan estimulante como acercarse a las fuentes, al propio documento: el color del papel, el tono envejecido de la tinta, el trazo de la letra, ese dar voz a los protagonistas dejándoles expresarse con sus mismas herramientas...

En la presentación histórica que los autores hacen de los acontecimientos se nos ofrece también la semblanza de algunos de los protagonistas más destacados: Mariano y José Beviá que llegarían a ser alcaldes del nuevo municipio, el cura Juan Montoyo, Victoriano Aracil, agrimensor que inicialmente no fue partidario de la egresión pero que al cabo firmaría el memorial; Carlos Lillo, Antonio Sirvent, Francisco Pastor, Felipe Mallol, apellidos que en su mayor parte siguen hoy fuertemente anclados entre la población.

Cuando en 1836 San Vicente del Raspeig alcanzaba la segregación, se culminaba un dilatado proceso prolongado a lo largo de varias décadas. Ésta era la cuarta vez que los vecinos de la localidad hacían frente a la ciudad de Alicante en demanda de su separación. Lo hicieron por vez primera en 1806, en un pleito seguido ante el Consejo de Castilla. Entonces 153 vecinos otorgaron sus poderes a un agente de los Reales Consejos para

ser representados en todos los procedimientos necesarios. El asunto no prosperó, ya que su continuación suponía el importante pago de 190.000 reales de vellón que la localidad no estaba en condiciones de afrontar. Posteriormente la invasión napoleónica puso fin a cualquier aspiración independentista.

Tras la promulgación de la Constitución de 1812, y los nuevos aires liberales que impregnaron el país, se facilitó la creación de nuevos ayuntamientos a tenor del artículo 310 del propio texto aprobado por las Cortes de Cádiz, para aquellas poblaciones que llegaran a las «mil almas». Se encuentran referencias a un primer alcalde del municipio desde agosto de 1812. La vuelta al absolutismo de Fernando VII frustró la continuidad del proceso dos años después, reintegrándose nuevamente a Alicante.

Durante el Trienio Liberal (1820-1823) volvió a formarse el Ayuntamiento constitucional que existiera en 1814, según oficio enviado por el propio cabildo alicantino al pedáneo del caserío de San Vicente; tampoco en esta ocasión llegaría a consolidarse la segregación, ya que de nuevo, en noviembre de 1823, el gobernador político y militar de Alicante ordenó al ayuntamiento de San Vicente que «cese inmediatamente en sus funciones» volviendo a la situación en que se encontraban en 1820.

Finalmente, el 31 de octubre de 1836 quedaba establecido el nuevo

Ayuntamiento en San Vicente del Raspeig.

La lectura de los documentos que incluye esta publicación nos permite conocer de primera mano cuáles fueron los argumentos empleados por los vecinos para solicitar su segregación. Fundamentalmente querían romper con esa subordinación que las aldeas o lugares menores estaban obligados a mantener respecto al municipio matriz: «Lo solicita, lo desea y de ello pende la buena administración de los intereses comunes, y de que puedan apellidarse sus vecinos sin juris, y no enagenados como lo han estado hasta aquí bajo el yugo de la capital...». Era importante poder nombrar a sus propios órganos de gobierno, contar con un alcalde que pudiera ejercer la justicia y evitar las molestias y perjuicios que sin duda suponía para cualquier litigante el tener que trasladarse a la ciudad. Consideraban «...sin temor a faltar a la verdad, aunque con vergüenza, que sus vecinos han sido mirados como los niños de la infancia, a quienes se reputa sin razón suficiente para obrar por sí mismos.»

Los procesos segregacionistas nunca estuvieron exentos de dificultades. Era lógico si tenemos en cuenta que, como en el caso de Alicante, a lo largo de toda la Edad Moderna, la ciudad tuvo que ver cómo su término poco a poco fue mermando a medida que algunos núcleos alcanzaban su emancipación. La táctica de la ciudad

—como generalmente ocurrió en otros lugares— siempre fue oponerse a los solicitantes, enredarse en largos procesos judiciales que acababan con el dinero y la paciencia de los demandantes quienes, finalmente, se veían abocados al abandono del mismo, a la espera de mejor ocasión para volver a intentarlo.

Y cuando por fin se otorgaba la segregación, era necesario efectuar el apeo, deslinde y amojonamiento del término sobre el que ejercería su jurisdicción el nuevo ayuntamiento. Este era otro de los conflictos habituales, y también lo fue en el caso de San Vicente del Raspeig: según puede el lector comprobar a través de la propia documentación ofrecida por la obra que comentamos, el deslinde no concluyó hasta 1848, doce años después. Inicialmente, y como solía ser habitual, el cabildo de San Vicente solicitó que el término otorgado fuera el mismo que ya poseía su Parroquia. Alicante, por el contrario, quería excluir determinadas partidas como La Cañada, Verdegás, El Moralet, etc. Y, evidentemente, ante posturas tan encontradas era difícil llegar a un acuerdo.

Esta falta de un término definitivo provocaba serios problemas al nuevo ayuntamiento. Como no se disponía de un padrón efectivo de vecinos, había que recurrir al libro padrón de riqueza de la ciudad para repartir el déficit económico de cada ejercicio. Por otra parte —se lamentaban—, a las importantes cargas que debían soportar

los habitantes de San Vicente, ahora había que añadir una más: el elevado gasto derivado del proceso de deslinde y amojonamiento, al que no podía hacer frente el municipio por carecer de Propios y arbitrios.

Esta situación llevó a su ayuntamiento, en un intento desesperado de buscar soluciones, a solicitar de nuevo la agregación a la ciudad de Alicante, por no poder subvenir a todas sus necesidades, según se desprende de un texto que resulta conmovedor. En esa misma línea, vecinos de determinadas partidas, algunos con claros intereses en la ciudad, se dirigieron también al Ayuntamiento alicantino solicitando mantener su pertenencia a la ciudad y rechazando su incorporación a San Vicente del Raspeig.

Con el transcurso del tiempo, y pese a los numerosos avatares que tuvieron lugar, llegó el acuerdo; el resultado final no se alejaba demasiado de lo que inicialmente había propuesto Alicante: la circunferencia de la nueva población dejaba fuera de su término a las partidas de la Cañada, Verdegás y Moralet, hecho por el que se afligían sus ediles ya que ello suponía la pérdida de más de 300 vecinos, obligando a reducir los salarios de algunos oficios asistenciales como el médico, el maestro y el alguacil, y a rebajar algunas partidas económicas que deberían adecuarse al nuevo censo.

Este libro, espléndidamente compuesto y editado, constituye la

compilación documental de un momento crucial en la historia de San Vicente del Raspeig: su nacimiento como municipio. Los investigadores, Santacreu, Aura y Millán, autores del trabajo, nos revelan el ejemplo de la constancia y fortaleza de ese nutrido grupo de personas, que lucharon por dirigir sus propios destinos y los de sus convecinos sin subordinación a otros poderes que los que ellos mismos pudieran elegir.

Gracias a esta valiosa iniciativa podemos acercarnos al material de archivo que reconstruye este acontecimiento y conocer de primera mano un retazo de nuestra historia. Una publicación que, sin duda alguna, resultará ya imprescindible para todos los vecinos de San Vicente interesados en sus propias raíces.

M^a CARMEN DUEÑAS MOYA

ENGLUND, Peter, *La belleza y el dolor de la batalla*, Barcelona, Roca Editorial, 2011, 761 pp.

La siguiente obra recopila los testimonios de veinte personas, de distinta procedencia geográfica, social y profesional, que vivieron la Primera Guerra Mundial desde diferentes puntos de vista. Tal y como afirma el propio autor, el historiador sueco Peter Englund, el objetivo último de este trabajo sería experimentar con una nueva forma de escribir la historia,

que en ningún caso debe entenderse como una alternativa a los estudios tradicionales que se han realizado sobre la Gran Guerra, sino más bien como un complemento de estos⁸.

Publicado originalmente en 2008, *La belleza y el dolor de la batalla* se ha traducido en 2011 al inglés y al castellano, entre otros idiomas, lo que sin duda contribuirá a la difusión global de una obra que representa la primera incursión de Peter Englund en el campo de estudio de la Primera Guerra Mundial, puesto que sus trabajos precedentes se centraron en distintos periodos de la historia de Suecia y en cuestiones relacionadas con el ensayo y el pensamiento históricos.

La significación histórica de la Gran Guerra está fuera de toda duda, a pesar de que su importancia ha sido en ocasiones ensombrecida por la Segunda Guerra Mundial, un conflicto con unas causas y desarrollo mucho más claros y definidos que el anterior. Con todo, 1914 simboliza el fin del *mundo de ayer* de Stefan Zweig, pero por otro lado también marca el inicio del siglo XX corto, término acuñado por Eric J. Hobsbawm. El primer conflicto enteramente global fue,

asimismo, el punto de partida para una nueva concepción de la guerra, pero tampoco hay que olvidar que su propio desarrollo impulsó –o al menos confirmó– otro tipo de cambios en el plano social, como la incorporación lenta pero constante de las mujeres al mercado laboral y a la política nacional en algunos países.

El libro sigue una estructura cronológica que comprende los años del conflicto y los días posteriores al armisticio. Se divide en un total de 227 fragmentos en los que se narran las vivencias de los personajes escogidos por Peter Englund a partir de una recopilación de memorias de guerra, epistolarios y diarios. Hay que señalar que el autor no se basa en fuentes inéditas, sino que se dedica a recuperar testimonios poco conocidos que habían caído en el olvido. El volumen de autobiografías y de experiencias personales que se publicaron durante los años 20 y 30 es lo suficientemente ingente como para poder elegir los «personajes» que dotan de contenido a su propuesta.

Precisamente, la elección de testimonios anónimos –entre ellos no se encuentra, por ejemplo, ningún oficial o político de renombre– está en consonancia con el deseo de Englund de elaborar un relato complementario y diferenciado de la historiografía que tradicionalmente se ha ocupado de este acontecimiento, si bien hay que aclarar que los historiadores especializados en este periodo se están

8. El autor hizo estas declaraciones en el podcast de «History Extra», la página web oficial del *BBC History Magazine*, publicado el pasado 8 de diciembre de 2011.
<http://cdn.bbcmagazinesbristol.com/bbchistory/audio/HistoryExtra_8thDec11.mp3> [consultado: 29-XII-2011]

alejando, de hecho, de los tradicionales enfoques centrados en la política o cuestiones estrictamente militares al menos desde hace una década. Buena prueba de ello es el libro de John Horne y Alan Kramer *German Atrocities. A History of Denial* (2001), en el que se realizó un novedoso enfoque sobre las atrocidades alemanas cometidas en Francia y Bélgica que incorporó elementos de análisis como la psicología, la memoria colectiva o la vida cotidiana.

De los veinte «antihéroes» que aparecen en la obra, un total de dieciocho tienen relación directa con los campos de batalla (hay catorce soldados que sirvieron en distintos cuerpos, un cirujano de campaña, dos enfermeras y una conductora de ambulancias); además, también se hace mención a las vivencias de una niña alemana y un funcionario francés. A pesar de su heterogeneidad, todos ellos comparten dos características comunes: en primer lugar, la práctica totalidad no supera los treinta años (excepto el funcionario francés, la colegiala alemana y un oficial de caballería). En segundo lugar, se podría decir que muchas de sus historias personales son heterodoxas o incluso exóticas. Nos encontramos, así, con un aventurero profesional que se enroló en el ejército británico de África del Este; con un venezolano que sirvió como voluntario en las tropas otomanas o, finalmente, con un joven italoamericano

que abandonó su vida en Nueva York para contribuir a la «grandeza de Italia» (p. 180).

Junto a estas características, es de agradecer que Englund optara por experiencias que prácticamente cubren todos los lugares donde se produjeron enfrentamientos: los frentes occidental y oriental de Europa, la región Mesopotámica disputada por Gran Bretaña y el Imperio otomano, y el norte y sur-este africanos. Esta mirada alejada del eurocentrismo dominante en este tipo de relatos consigue que el lector amplíe su tradicional visión sobre la Primera Guerra Mundial.

La multitud de historias personales y anécdotas que encierran los veinte testimonios se configuran como un fresco impresionista, como un relato único en el que no importa tanto la singularidad de cada una de las experiencias como la visión global que pretende transmitir el autor. Sin embargo, resulta también interesante comprobar de primera mano cómo la realidad de la guerra se va imponiendo sobre la guerra soñada. Es el caso de Richard Stumpf, un joven marino de un acorazado alemán que manifestó su hastío y decepción por no haber llegado siquiera a entrar en combate. Para él, el vapor *Helgoland* es su particular «cárcel de hierro» (p. 379). Desde las trincheras de Verdún, René Arnaud pensaba que «la guerra es bella, en las pupilas de generales, periodistas y eruditos» (p. 322).

Evidentemente, el frente dibujaba una realidad muy distinta.

En relación con esto último, conviene destacar el contrapunto que ofrecen los testimonios de Elfriede Kuhr, la niña alemana que se convirtió en adulta durante la contienda, y el de Michel Corday, un gris funcionario francés que plasmó en sus diarios la vida cotidiana de un París frívolo y distante de una guerra lejana pero presente al fin y al cabo (p. 340). En este sentido, las diferentes historias muestran que la distancia entre el frente y la retaguardia no fue únicamente geográfica, sino que tuvo al mismo tiempo un importante componente mental y psicológico. Además, también se puede hablar de conexiones entre los dos escenarios, como por ejemplo a través de la propaganda o la economía de guerra. En la obra de Englund esta cuestión está siempre presente de algún modo.

Los testigos directos restantes, como ya hemos avanzado, ofrecen una visión amplia y heterogénea sobre lo que significó el conflicto mundial para ellos. El autor, por tanto, pone el acento en cuestiones relacionadas con la vida cotidiana y no tanto en operaciones militares o el contexto histórico. Es aquí donde se encuentra el núcleo duro de esta publicación. En definitiva, lo que Peter Englund pretende es subrayar el contraste entre los primeros meses de la guerra —llenos de ilusiones o emociones— y la evolución personal de cada uno de

los individuos incluidos en este gran relato.

Sin embargo, la preeminencia de las cuestiones personales y emocionales, así como el intento de ahondar en la vida cotidiana impiden obtener una visión clara de conjunto. Es aquí donde se encuentra el principal punto débil de la obra. La falta de contextualización de los testimonios se intenta suplir con una breve cronología de los acontecimientos más relevantes de cada año, algo que resulta en nuestra opinión insuficiente.

La obra también adolece de un desigual tratamiento de las fuentes utilizadas. Como ya hemos comentado, Peter Englund se basa en diarios, autobiografías, epistolarios o manuscritos, pero estos solo aparecen referenciados en una bibliografía general en la que no se distingue entre fuentes primarias y secundarias. Por otra parte, el autor recurre con frecuencia a las citas en extenso, pero no cita la procedencia de los fragmentos.

En conclusión, nos encontramos ante una obra novedosa y sugerente en muchos aspectos, puesto que muestra las distintas aristas de la guerra y la multiplicidad de un conflicto ya de por sí difícil de abarcar en su conjunto. El «experimento» de Peter Englund se enmarca en un deseo de contribuir a la recuperación de la memoria de la Primera Guerra Mundial. Pese a sus carencias, la preocupación del autor por rescatar vivencias personales confirma que el «giro

socio-cultural» experimentado por la historiografía sobre la Gran Guerra se encuentra en plena vigencia. Por último, no hay que olvidar que en 2014 se cumple el primer centenario del inicio de la Gran Guerra, por lo que esta obra puede entenderse como una avanzadilla de la mirada de publicaciones e investigaciones que, seguro, verán la luz en los próximos años.

GUILLERMO PÉREZ CASANOVA
Universidad de Alicante

EIROA, Matilde y REQUENA GALLEGO, Manuel (coords.), *Al lado del Gobierno Republicano. Los brigadistas de Europa del Este en la guerra civil española*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Colección Luz de la Memoria, nº 8, 2009, 207 pp.

La guerra civil española constituye una coyuntura de gran interés y atractivo para los historiadores nacionales e internacionales, como lo muestra el inmenso caudal editorial existente en las librerías. La participación de los brigadistas internacionales es uno de los aspectos más controvertidos de dicho conflicto, sobre el que se han debatido ampliamente las cifras, el tipo de colaboración, sus medios de comunicación o su disciplina. Manuel Requena, uno de los coordinadores del libro que aquí nos ocupa,

es precisamente uno de los investigadores que más ha contribuido en dicho debate. La historiografía es, pues, abundante teniendo en cuenta la relativa buena accesibilidad de las fuentes y los centros que la promueven, como el Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales de la Universidad de Castilla-La Mancha, dirigido por el editor del libro colectivo que reseñamos aquí.

Al lado del gobierno republicano aborda la participación de brigadistas procedentes de países de Europa Central y Oriental, un territorio poco analizado por los especialistas. Contábamos con menciones a la participación polaca, húngara, checa o búlgara en los estudios generales sobre las Brigadas, pero faltaba una monografía de conjunto que reuniera la dimensión real de su colaboración. De esta manera, se reconstruye una parte de la Historia que, por diferentes razones relacionadas con el idioma y las fuentes, no había sido investigada hasta el momento y que nos ayuda a comprender un poco mejor las implicaciones del conflicto español a nivel internacional. En este sentido, conocer el número de voluntarios, el tipo de contribución a la lucha o su filiación ideológica, son factores que permiten aclarar las verdaderas razones que les impulsaron a implicarse en una guerra, en principio ajena a sus lugares de origen.

A pesar de la dificultad en acceder a determinada documentación de

la época, la revisión documental que han hecho los autores se ha realizado de manera exhaustiva y con un rigor indiscutible. Investigadores de reconocida solvencia en su calidad de hispanistas, han realizado una observación sistemática de diversas fuentes documentales depositadas en archivos nacionales e internacionales. A nivel nacional, podemos destacar la descripción del fondo documental basado en expedientes personales de brigadistas reunidos en el Archivo General Militar de Guadalajara. Esta es una de las aportaciones más importantes del monográfico que realiza Francisco Javier López Jiménez, el director técnico de dicho archivo. Con este capítulo y el anexo correspondiente incluido al final del libro, los lectores tienen la posibilidad de encontrar los nombres, la nacionalidad y la referencia exacta del expediente para su consulta.

La consulta, pues, de fuentes institucionales y documentos oficiales, combinada con el de fuentes no oficiales, representadas fundamentalmente por las memorias de voluntarios en la guerra civil española, ofrece una perspectiva más amplia y profunda sobre los hechos. Al mismo tiempo permite reconstruir de una manera completa y contrastada la realidad de aquellos acontecimientos.

En cuanto a los capítulos redactados por los historiadores hispanistas, hay que destacar el gran avance que aportan al conocimiento de las Brigadas en lo que se refiere a la

cuantificación de los voluntarios y a la aportación de datos relativos a las vicisitudes para su llegada, la normativa internacional, la procedencia social y otros elementos que configuran el perfil de los soldados. En este sentido, las memorias de los propios brigadistas son reveladoras, así como los informes elaborados por los países de origen de los voluntarios.

El libro se estructura en diferentes capítulos escritos por especialistas de los diversos países que componen el estudio: Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Bulgaria. El capítulo I, elaborado por Ángeles Egido y Matilde Eiroa, contextualiza el expansionismo que estaba llevando a cabo la Alemania hitleriana al Este y Sur-Este de sus fronteras, considerado el «espacio vital» nazi. Precisamente, la ocupación de estos territorios fue decisiva para la implicación de voluntarios internacionales en la lucha contra el nazi-fascismo en España, ya que se percibía como un ejemplo de lo que podía ocurrir dentro de sus propias fronteras.

En el capítulo II, F. J. López realiza una aportación exhaustiva de los expedientes personales de brigadistas reunidos en el Archivo General Militar de Guadalajara, unos fondos apenas consultados hasta el momento. De un total de 175.000 expedientes conservados en los fondos de batallones, el campo de Miranda de Ebro y prisioneros de guerra, señala que unos 20.000 corresponden

a extranjeros, y de ellos, una parte a brigadistas. Además, analiza de una manera pormenorizada las penas a las que éstos fueron condenados.

Los capítulos IV al VI están dedicados al análisis de la presencia específica de húngaros, polacos, checoslovacos y búlgaros en la ayuda al gobierno republicano.

En primer lugar, Iván Harsányi, profesor emérito de la Universidad de Pécs y reconocido historiador, trata de resolver determinadas preguntas sin respuesta acerca del reclutamiento de voluntarios en el caso húngaro, caracterizado por la ausencia del Partido Comunista que había quedado disuelto. La principal dificultad de este trabajo ha sido la de contabilizar a los brigadistas (alrededor de mil), que llegaron en diferentes periodos de la guerra y procedentes en muchos casos de otros países que no eran Hungría. Las memorias del brigadista István Bakallar sobre la manera en qué logró desplazarse desde Hungría hasta España son reveladoras de la situación que se vivió.

La mayor parte de la investigación sobre la participación de ciudadanos polacos en las Brigadas Internacionales fue elaborada durante el régimen comunista, caracterizada por la censura y la ausencia de relatos críticos. J. S. Ciechanowski, de la Universidad de Varsovia, trata de revisar el estado de la cuestión para mostrar ciertas lagunas históricas. En este sentido estima la participación

de polacos en la guerra civil española en unos 4.500, aunque el número de llegados directamente desde Polonia parece reducirse a unos 600-900 voluntarios.

Vladimír Nálevka, eminente hispanista checo de la Universidad Carolina de Praga recientemente fallecido, analiza el perfil político y la contribución en la guerra civil española de los checoslovacos, que cifra en más de dos mil voluntarios. Mientras que Jaroslav Boucek ofrece un análisis y un listado detallado del personal médico checoslovaco de las brigadas, un aspecto de enorme valía en la guerra civil por las atenciones prestadas a los heridos y los avances ocurridos en la medicina.

En cuanto a los búlgaros, el profesor Dragomir Draganov, catedrático de la Universidad de Sofía, explica las dificultades para reunir voluntarios que vinieran a España a luchar a favor de la República, ya que el gobierno era proclive a la Alemania nazi. A pesar de nos revela la importante participación de búlgaros en operaciones de combate en los frentes de Madrid, Andalucía, el Norte, Brunete y en la batalla del Ebro.

Esa variedad de investigadores y la aportación de puntos de vista complementarios sobre un mismo hecho permiten ofrecer una perspectiva más completa sobre este tema, que indudablemente contribuye a esclarecer la magnitud e importancia de la participación de brigadistas internacionales

en la guerra civil española y la relevancia de este conflicto en el ámbito internacional.

El valor de este libro es sin duda la aportación que realiza sobre algunos aspectos que no habían sido investigados hasta el momento y que contribuyen a enriquecer una parte de la historia de la guerra civil que podría haber quedado en cierta ambigüedad o en el olvido. Por último, cabe resaltar los avances en cuanto a la cuantificación que los brigadistas de Europa del Este que participaron en la guerra civil española y el conocimiento del perfil socio-político. Asimismo, es de reconocer el esfuerzo por acceder a diversas fuentes no consultadas en otras investigaciones y que contribuyen a que conozcamos con mayor precisión la compleja realidad de la guerra civil española.

GORICA VUKOJICIC
Universidad Carlos III de Madrid

AGUADO, Ana y ORTEGA, Teresa María (eds.), *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València-Universidad de Granada, 2011, 366 pp.

En los últimos años han ido aumentando los trabajos historiográficos que abordan la relación histórica

entre culturas políticas, ciudadanía femenina e identidades de género en la historia contemporánea española. Esto ha sido posible gracias al avance y consolidación de la historia de las mujeres y de género que se ha preocupado por poner de relieve las experiencias de las mujeres y su capacidad de acción en la historia desde una visión que supera la clásica y reduccionista dicotomía culpable-víctima. Aún así, son comunes las omisiones respecto a la participación de las mujeres en los procesos de cambio social y político en las obras de carácter general sobre historia contemporánea. En este sentido, la siguiente monografía pretende avanzar en la incorporación de la perspectiva de género en la investigación histórica y ofrece un espacio de diálogo entre las diferentes propuestas presentes en los estudios que conforman la obra. Propuestas y análisis que parten de diversos proyectos de investigación, seminarios y coloquios llevados a cabo en los últimos años, como por ejemplo el Seminario sobre Ciudadanía Femenina y Culturas Políticas celebrado en la UIMP de Valencia en 2008, o las Jornadas sobre La consecución de la igualdad de las mujeres en España: el movimiento feminista durante la Transición, organizado por el Grupo de Investigación Consolidado de la Universitat de Barcelona «Multiculturalisme i Gènere».

Así, este libro es una obra colectiva en la que investigadoras

especialistas en la historia de género exponen y analizan los discursos y las prácticas en torno a la relación e interacción de las mujeres con las distintas culturas políticas en las que participaron desde finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX. También se introduce el estudio de la construcción y evolución de la ciudadanía femenina a partir de la toma de conciencia de éstas sobre su subordinación a los varones y su marginación del sistema liberal como sujetos políticos, poniendo de manifiesto que esta concienciación sólo es posible cuando las mujeres desarrollan una identidad colectiva que les hace reconocerse como miembros de un grupo con unos problemas concretos y unos objetivos comunes.

En tercer lugar, hay que destacar la inclusión en estos estudios de otro elemento que no puede desligarse de los antes mencionados si se quiere llegar a un conocimiento profundo de la participación y movilización política y social de las mujeres en la historia contemporánea: nos referimos a las retóricas y acciones feministas y antifeministas desarrolladas en todas las culturas políticas que son reflejo de los avances logrados por las mujeres en su lucha por sus derechos y por el reconocimiento de la igualdad en todos los ámbitos, pero también de los miedos y angustias que producen, así como los cambios que sufren los modelos tradicionales de masculinidad y feminidad, y las tensiones,

transformaciones y resistencias que se operan en las relaciones entre mujeres y hombres.

Otro aspecto importante de esta obra es la atención prestada a la creación y evolución de genealogías femeninas en las que diferentes generaciones de mujeres se inspiran en el ejemplo de la generación anterior siguiendo sus enseñanzas, readaptando sus experiencias a su contexto y reformulando sus esquemas de actuación. Cada generación de mujeres será asimismo fuente de inspiración y conocimientos, una guía para la siguiente. A este fenómeno se refiere especialmente M^a Dolores Ramos, que se centra en el estudio de las feministas laicistas y librepensadoras en la etapa de entresiglos, destacando su contribución a la construcción de la ciudadanía y democracia liberales, ya que a pesar de que éstas habían marginado a las mujeres, también se nutrieron de sus críticas porque «las feministas laicistas no eran ciudadanas pero se comportaban como si lo fueran». Además, estas mujeres tejieron una red asociativa feminista que constituyó un precedente de las modernas organizaciones de mujeres como espacios de encuentro y núcleos de acción por la emancipación femenina.

Luz Sanfeliu destaca la cercanía ideológica de las feministas laicistas a los círculos blasquistas en la demanda de un cambio en el sistema educativo que posibilitara el acceso de las

mujeres a la instrucción. La educación de las mujeres fue una reclamación del republicanismo blasquista. Sin embargo, esta demanda no tenía como objetivo la autonomía femenina y su participación en el espacio público-político en condiciones de igualdad con los varones, sino que estaba en relación con el principal cometido que el blasquismo encomendaba a sus militantes femeninas: la formación de sus hijas e hijos en los valores republicanos y el apoyo a sus compañeros de filas. Así, el feminismo apropiado para el blasquismo se movía en los límites de los derechos civiles y educativos, pero no admitía el sufragio femenino. Aun así, su aprobación en 1931 sirvió de catalizador para la movilización política de las republicanas valencianas que desarrollaron proyectos propios.

Otro de los objetivos de la instrucción de las mujeres según los republicanos era la formación de una conciencia femenina libre de los preceptos de la Iglesia. La vinculación de las mujeres a las prácticas religiosas a lo largo del siglo XIX y la difusión de unos estereotipos femeninos apoyados por pretendidas teorías científicas y basados en la supuesta propensión de las mujeres a la credulidad «eran argumentos que se combinaban para reforzar la representación de las mujeres como víctimas fácilmente sojuzgables por el clero, bajo cuya influencia se convertían en rémoras para el progreso». M^a Pilar

Salomón demuestra así la existencia de un antifeminismo de base anticlerical en el discurso republicano de finales del siglo XIX que no sólo nacía de un afán de secularización de la sociedad, sino también de los miedos masculinos provocados por los avances del feminismo, ya que a veces se representaba a la beata como una mujer activa y con dotes de mando. Asociando este tipo de mujer al clero los republicanos reflejaban la ansiedad provocada por la posible emancipación femenina.

Precisamente para lograr esa emancipación, las feministas burguesas consideraron la independencia económica como un primer paso hacia ese objetivo. Esto suponía la entrada de las mujeres en el mercado laboral. Sin embargo, estas ideas no se ajustaban a la realidad de las mujeres de clase obrera para las que el trabajo era una necesidad para mantener a la familia. Alicia Mira pone el acento en su estudio en las dificultades existentes a finales del siglo XIX para la construcción de una identidad colectiva obrera femenina. Estas dificultades nacían, por un lado, de la ocupación de muchas mujeres en trabajos a domicilio, lo que impedía el diálogo entre las trabajadoras y la formación de lazos de solidaridad; y por otro lado, de la creencia extendida entre hombres y mujeres de que el trabajo femenino era algo temporal y en todo caso complementario al masculino. Excepciones a estas situaciones eran

las Fábricas de Tabacos que contaban con mano de obra mayoritariamente femenina y que conformaron espacios de sociabilidad y lograron una mayor visibilidad social, aunque se haya constituido una imagen de las mismas estereotipada. Con todo, a principios del siglo XX se dio una organización de las obreras en sindicatos específicamente femeninos.

Algunos de estos sindicatos estaban vinculados a la Iglesia, ya que el movimiento católico se esforzó por llegar a todos los sectores sociales en su afán por recristianizar una sociedad que estaba en proceso de secularización. Así, el movimiento católico favoreció la movilización de las mujeres, sobre todo a partir de los años veinte, como instrumento de regeneración moral de la sociedad en el ideario cristiano. En este contexto nace Acción Católica de la Mujer (1919) que proponía un modelo de mujer basado en el patriotismo y la identidad nacional católica, y una participación de las mujeres en el espacio público fundamentada en la proyección de las cualidades que tradicionalmente se les había asignado a la esfera política. Tomando este marco de referencia, Teresa Carnero analiza los discursos de Maura y Vázquez de Mella en la primera asamblea de la ACM (1920), como representantes de la derecha liberal y de la extrema derecha antidemocrática respectivamente, sobre los límites de la participación política de las mujeres.

En la década siguiente la organización colectiva de las mujeres se intensificará y traspasará los límites de las reducidas asociaciones femeninas de los años precedentes. La Segunda República amplió el campo de acción de las mujeres a través del desarrollo de una serie de políticas de género conducentes a una mayor igualdad entre mujeres y hombres. La aprobación del sufragio femenino fue una de estas medidas que condicionó la apertura de los partidos a la participación femenina y propició la creación de agrupaciones de mujeres y la adaptación del discurso de los partidos políticos que empezaron a extender una propaganda dirigida específicamente a ellas, conscientes del peso de las mujeres en el electorado. Ana Aguado y Teresa M^a Ortega centran sus trabajos en la movilización de las mujeres socialistas y en el adoctrinamiento de las mujeres de clase media por parte de las derechas católicas durante la Segunda República, respectivamente. Dos culturas políticas cuyos discursos sobre política en general y sobre las identidades de género en particular se construyeron de forma antagónica, aunque tuvieron algunos elementos argumentativos en común como por ejemplo, el recurso a la maternidad.

La primera autora pone de manifiesto la existencia de planteamientos de género igualitarios ya en los programas iniciales del PSOE y de una genealogía feminista socialista. Estos

elementos hicieron posible que el PSOE fuera más favorable a la participación de las mujeres en la política y en el partido, resaltando la amplia movilización de las mujeres socialistas que se organizaron en agrupaciones femeninas socialistas y actuaron no sólo para responder a las campañas de las derechas católicas, sino también para poner en marcha nuevas pautas de comportamiento y una reformulación de las relaciones de género a partir de sus experiencias.

Por su parte, la segunda autora analiza el espectro político opuesto a través de la publicación *Ellas*. Semanario de las mujeres españolas, que reunió a las derechas antiparlamentarias en un intento de «movilización política en forma de «reconquista» cristiana de las mujeres de clase media» ya que «las mujeres debían convertirse en el brazo ejecutor que aniquilase para siempre la Segunda República». Como hemos apuntado anteriormente, el sufragio femenino condicionó las estrategias de los partidos, que empezaron a elaborar discursos dirigidos específicamente al nuevo sector que se había incorporado al electorado: las mujeres. Los partidos de la derecha católica proyectaron un modelo ideal de feminidad basado en las propuestas de la ACM, un nuevo arquetipo de mujer que incluía su movilización política, eso sí, a favor del hogar y la familia tradicionales, de la religión, del patriotismo y del antirrepublicanismo. Así, fue

también habitual la participación de activistas católicas en las páginas del semanario que resaltaban las virtudes de la «nueva mujer católica» frente a la «degenerada mujer moderna».

La victoria de la derecha en las elecciones de 1933 y el progresivo ascenso de los fascismos en Europa sentaron las bases de la polarización política que supuso la difusión de un discurso antifascista entre las culturas políticas de izquierda y que unió a mujeres de distintas agrupaciones en *Mujeres contra la Guerra y el Fascismo*, creada en 1934. Por su parte, en el mismo año se formó la Sección Femenina de Falange. Los trabajos de Susanna Tavera, Ángela Cenarro y Mercedes Yusta se centran en la dialéctica fascismo-antifascismo que movilizó a las mujeres antes, durante y después de la Guerra Civil.

La primera investigadora realiza una reflexión sobre la Sección Femenina de Falange en su primera etapa (1934-1939), haciendo hincapié en primer lugar en la falta de información y las lagunas en cuanto a la genealogía política de las activistas de SF. En segundo lugar, resalta las contradicciones entre el discurso de SF, que proponía un modelo de mujer basado en la domesticidad, y la práctica de las primeras militantes que participaban activamente en la política y asumían la violencia política defendida por Falange como medio de acción. Por último, destaca –siguiendo las aportaciones de Marie Aline

Barrachina— que a partir de la Guerra Civil y con el crecimiento de SF y su extensión por todo el país, se acentuó la contradicción entre el modelo falangista de mujer y el modelo de mujer falangista. Es decir, las dirigentes de SF se reservaban el derecho de saltarse las normas impuestas al resto de mujeres que las confinaba al hogar si estaban casadas y que permitía el trabajo remunerado a las solteras, siempre bajo su vigilancia.

La segunda autora también hace referencia a estas contradicciones entre teoría y práctica en el seno de SF. Pero además, destaca la construcción de un espacio femenino propio por parte de las falangistas dentro del fascismo español construyendo una identidad falangista femenina que no existía antes «porque el fascismo como movimiento político se construyó a partir de valores masculinos». Además realiza una llamada de atención sobre la necesidad de revisar las interpretaciones históricas hegemónicas sobre las mujeres fascistas resaltando que éstas no fueron simples receptoras de los discursos y ejecutoras de las consignas fascistas acríticamente, sino que tuvieron poder de decisión, fueron activas, realizaron contribuciones a la formación de la cultura política fascista y reelaboraron algunos elementos del discurso y las prácticas falangistas. Finalmente, hace un repaso de otros proyectos diseñados en el ámbito del fascismo por otras mujeres que propusieron alternativas

a los de Pilar Primo de Rivera y que fueron eclipsados por ésta.

Por su parte, Mercedes Yusta realiza un estudio sobre la cultura política femenina en el antifascismo analizando su evolución desde la Segunda República hasta la lucha antifranquista desde el exilio. La autora destaca que si en los primeros momentos las agrupaciones femeninas antifascistas (Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, más tarde, Agrupación de Mujeres Antifascistas) estuvieron caracterizadas por la heterogeneidad de culturas políticas de izquierda existente y la convivencia en su discurso de argumentos feministas y maternales, más tarde se va produciendo progresivamente un ascenso del comunismo en la dirección del movimiento y un viraje discursivo condicionado por el contexto internacional, las estrategias políticas del Partido Comunista y la necesidad de ampliar las bases del movimiento para incrementar la participación en la resistencia antifranquista. Estos elementos propiciaron la desaparición de la retórica feminista de su discurso, que hacía referencia a la emancipación y que fue sustituida por reivindicaciones de tipo maternalista en un afán por llegar al mayor número posible de mujeres.

Los últimos tres capítulos del presente volumen analizan tanto los movimientos feministas como los antifeministas en la Transición. En el primero de ellos, Mary Nash propone

un análisis del feminismo que supera su consideración como movimiento social planteándolo como una cultura política, desde la formación de una identidad colectiva femenina más allá de la pertenencia a un partido político determinado o a una clase social concreta. Una cultura política feminista que se forma a partir de prácticas sociales y experiencias personales, y sobre la base de unos principios democráticos y antifranquistas. Así, el feminismo de los años setenta impuso la identidad de género sobre la identidad de clase o la de partido y consiguió crear una agenda política que planteó en el espacio público las reivindicaciones por los derechos derogados por la dictadura, añadiendo las demandas de derechos sexuales y reproductivos, y poniendo en duda la legitimidad de un sistema político que se sustentaba en una estructura de poder androcéntrico. Sin embargo, también hubo discrepancias y rupturas dentro del movimiento, sobre todo en torno a la cuestión de la doble militancia política y feminista. Además, tuvieron que enfrentarse al sexismo dominante en partidos políticos de todo el arco político, que no admitieron en su mayor parte la autoridad feminista en la redefinición de la cultura política desde parámetros feministas. Por último, se pone de manifiesto la falta de reconocimiento en nuestra sociedad del movimiento feminista como parte importante de la

lucha antifranquista y como motor del cambio en la Transición.

En el segundo capítulo de este último bloque, Mónica Moreno aborda las posturas de diversas culturas políticas sobre dos de las reivindicaciones feministas más controvertidas y discutidas en la Transición: el divorcio y el aborto. El cruce de las variables feminismo-antifeminismo y catolicismo-anticlericalismo dio como resultado todo un repertorio de movimientos heterogéneos cargados de propuestas rupturistas en unos casos o de estereotipos heredados del pasado en otros, llegando incluso a la radicalización violenta en algunos de ellos. Así, la autora expone los argumentos que utilizaron en sus respectivos discursos para apoyar o rechazar rotundamente el derecho al divorcio y al aborto, y también la elaboración de propuestas alternativas que introducían ciertos matices en sus proyectos. El abanico de opciones presentadas en este artículo van desde el feminismo laico y anticlerical de izquierda, el feminismo católico que incorporaba elementos del anticlericalismo, la democracia cristiana, el antifeminismo católico y clerical y el antifeminismo anticlerical existente en la derecha antiparlamentaria. La diversidad de opciones aquí presentadas y su preocupación por estos temas pone de manifiesto la importancia que tuvo el movimiento feminista, ya que logró que las demandas surgidas del ámbito de

la privacidad se debatieran públicamente por un amplio espectro político. Este proceso no puede entenderse sin prestar atención a los diálogos y tensiones entre feminismos, antifeminismos, movimientos católicos y anticlericalismos.

Finalmente el trabajo de Vicenta Verdugo analiza la actividad de las organizaciones feministas valencianas y la contribución de las mujeres al proceso de transición política hacia la democracia pero también al proceso de transición sociocultural hacia nuevas pautas de comportamiento en las relaciones de género. En cuanto a las asociaciones feministas hay que destacar la capacidad de movilización de diferentes sectores de la población femenina. La diversidad de planteamientos hizo que a la fractura generada por el debate de la doble militancia se uniera otra división entre las militantes partidarias de priorizar la lucha social y política a partir de reivindicaciones más clásicas, y las militantes que abogaban en especial por la reclamación de los derechos sexuales. Sin embargo, estas discrepancias no impidieron que las distintas organizaciones feministas se unieran en diferentes campañas reivindicativas como por ejemplo, las referentes al divorcio y el aborto. Otro elemento a destacar en el movimiento feminista valenciano es la existencia de un activismo feminista de urgencia, que nace de la formación de un tipo de solidaridad femenina y que pone en

marcha acciones urgentes ante casos concretos de discriminación jurídica por razones de género y de violencia sexual. Este tipo de acciones refuerzan la identidad colectiva femenina y feminista que es la base de la movilización feminista.

En síntesis, las líneas de investigación propuestas en esta obra son imprescindibles para la construcción de un conocimiento integral de las experiencias y prácticas desarrolladas por las mujeres en las distintas culturas políticas de finales del siglo XIX y del siglo XX. Como hemos podido comprobar, las mujeres no fueron receptoras pasivas de los discursos procedentes de las distintas culturas políticas, sino que fueron sujetos con capacidad de acción para crear proyectos autónomos, y reformularon y readaptaron estos discursos en función de sus necesidades y contextos adoptando diferentes estrategias prácticas.

Asimismo, esta obra pone de manifiesto la importancia de la historia de las mujeres y de la introducción de la perspectiva de género en los estudios históricos, ya que aportan un utillaje teórico que ayuda a replantear conceptos supuestamente neutrales, como el de «ciudadanía», elaborados desde una óptica masculina sin tener en cuenta las experiencias de las mujeres y sus aportaciones en la formación de movimientos sociopolíticos. La historia de las mujeres ha aportado y sigue aportando

planteamientos metodológicos que favorecen el avance de la historiografía introduciendo nuevas propuestas explicativas en torno a referentes clave en la investigación histórica como los discursos, la acción colectiva y las identidades. La construcción y evolución de las distintas culturas políticas desarrolladas en España a finales del siglo XIX y en el siglo XX son procesos que no pueden comprenderse en su totalidad sin tener

en cuenta la participación de las mujeres en los mismos y sin el análisis de las identidades y las relaciones de género. Por ello, el enfoque de género que se sigue en cada una de las aportaciones de esta monografía hace posible que se avance hacia un conocimiento completo del pasado, esto es, hacia una historia total.

ADRIANA CASES SOLA
Universidad de Alicante